ENRIQUE GARCIA ALVAREZ y FERNANDO LUQUE

LA TRAGEDIA DE LAVIÑA

O

EL QUE NO COME «LA DIÑA»

JUGUETE COMICO

EN DOS ACTOS, ORIGINAL

SEGUNDA EDICIÓN

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

La tragedia de Laviña o El que no come «la diña»

LA TRAGEDIA DE LAVIÑA

O

EL QUE NO COME «LA DIÑA»

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

ENRIQUE GARCIA ALVAREZ y FERNANDO LUQUE

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid,
el día 3 de abril de 1920

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, M 551
1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BRAULIA	Mercedes Sampedro.
CHARITO	Concha Ruiz.
PACA	Amalia Grao.
LUZ	María Encinas.
EUSTAQUIO	Pedro Zorrilla.
CELESTINO	Rafael Acebal.
EVARISTO	Nicolás Perchicot.
CORTINILLA	Fernando Delgado.
PEGOTE	Antonio Camacho.
EL OREJAS	Antonio Mosquera.
FLORENCIO	Vicente Aguirre.
PARDIÑAS	Manuel Domínguez.
CALDEIRO	Amadeo González.
PONCIANO	Manuel Domínguez.
RAFAEL	Nicolás Perchicot.
CURRITO	Fernando Delgado.
DON RAMÓN	Vicente Aguirre
COMISARIO	Antonio Camacho.
CELESTINÍN	Manuel Luna.

Guardias, pueblo y rondalla

El número que se canta en el primer acto de esta obra, es original de Enrique García Alvarez.

ACTO PRIMERO

Taberna en los barrios bajos matritenses. Al fondo, el mostrador. Junto a éste, una puerta, adornada con viejas tiras de cadeneta y sobre la que se lee: «Baile de San Vito». «Paso al salón».

A la derecha, en segundo término, la puerta que comunica con la calle. Una mesa, con sus respectivas banquetas en el primer término de este mismo lado, y otras dos en el opuesto.

—

(CORTINILLA, cachuchea tras el mostrador, y EVARISTO, sentado en una mesa de la izquierda.)

EVAR. ¿De mó que no me pués fiar ni un cacho e pan y una raja de merluza?

CORT. El señor Vito m'ha dao orden de que no fíe ni la palabra.

EVAR. Pero, ¡una raja de merluza!...

CORT. Está el pescao por las nubes.

EVAR. Hombre, me choca, porque siempre ha estao por el Océano. En fin, digo yo que me se permitirá que aguarde aquí a los amigos.

CORT. ¡Ah, pero!... (Se acerca a Evaristo con misterio.) ¿Es usté de los de la delé?

EVAR. ¿Cómo de los de la delé?

CORT. De los de la delé, sí señor. De los que fueron ayer a la delega.

EVAR. ¡Ah, ya! Natural que fuí.

CORT. Cuénteme, cuénteme usté cómo fué el suceso. ¿Hubo poca lucha?

EVAR. Hubo poca lacha. Nos sorprendió la poli en la trastienda del tupi «La Guacamaya». Nos tuvieron en un calabozo seis horas y a las seis horas nos soltaron...

CORT. Le darían ustés las gracias al comi.

EVAR. Nos soltaron una de bofetás que, bueno, ¿tú ves este carrillo? Pues anoche me lo pusieron que parecía que me estaba enjuagando.

CORT. ¡Y a pesar de tó eso vuelven ustedes a reunirse! Claro que aquí como no haya quien dé el soplo no los descubren los agentes.

EVAR. No es sólo la garantía del local, Cortinilla, es que aquí (Bajando la voz.) nos convoca hoy el «Ogro de las ventas» y, ¡pa qué te voy a contar!... Pa ese no hay policía, ni Guardia Civil, ni Ejército, ni ná... ¡Le tienen miedo!

CORT. Bueno, ¡como que ese es un bolcheviqui y lo demás son maristas! (Vuelve al mostrador.)

(Se oye dentro, por la derecha, la voz de PEGOTE pregonando.)

PEG. Para pegar loza, cristal, vidrio, porcelana chinesca, mármoles y pórfidos. A perra chica la barra. Todo se pega... Todo se pega, menos la hermosura. (Entra. Lleva un cajón con algunos platos rotos, varias barritas de pasta y un bote de lata. Trae al brazo unos piés de tijera. Entrando.) ¡Hola, Cortinilla!

CORT. Hola, Pegote.

PEG. (Sentándose frente a Evaristo y dejando el cajón sobre la mesa.) Dame medio con selt, que vengo seco.

EVAR. ¿Cómo va el negocio?

PEG. ¿El negocio? Pa endriñarse un tiro. Esto de las barritas pa pegar la loza ya no pega.

EVAR. Pa mí que no ha pegao nunca.

PEG. Que ya no hay dinero, chico, y la gente no compra ná.

EVAR. Pues lo que vendías antiyer, supuse yo que te daría un resultao loco.

PEG. ¿El qué?

EVAR. Los retratos de Pestaña y del Noy del Sucre.

PEG. Esos me los quitaron de las manos.

EVAR. Entonces ha sío negocio.

PEG. No, si fué la policía. (A Cortinilla que le sirve.) Apunta este medio, tú. (Bebe.)

CORT. Cá, hombre. Apoquine los diecito.

PEG. ¿Pero es que ya no fiáis?

CORT. Ni a nuestro padre

PEG. ¡Hay que ver! ¡Cómo se está poniendo tó! ¡Bueno, hasta que venga la que tiene que venir! (Exaltándose.) ¡Porque tié que venir,

Cortinilla, tié que venir!... ¡Y va a ser gorda! ¡Muy gorda!... ¡Que venga, Señor!... ¡Que venga!

CORT. (Dándole en el hombro.) Eso digo yo.

PEG. ¿El qué?

CORT. (Extendiendo la mano.) Que venga la gorda.

PEG. Ahí va, logrero. (Se la da.) ¡Maldita sea la vida!

(Entra ESTÉBANEZ. Se sienta e indica por señas a Cortinilla que le sirva de beber.)

EST. Guás tardes. ¿Y los compañeros?

PEG. Están al caer.

EST. ¿Y el Ogro?

EVAR. ¡Chist! ¡Calla! (Con misterio. Siguen hablando entre ellos.)

(Entra la SEÑÁ BRAULIA, que habla con voz aguardentosa.)

BRAU. Ponme veinte de González Bías. (Deja una botella en el mostrador.) ¡Calle, señor Evaristo! ¿Cómo va ese humor?

EVAR. Haciéndonos la cusca.

BRAU. Caray, qué fino. ¡La cusca! ¿Has oído, Cortinilla? ¡La cusca!

EVAR. ¿Pues cómo quié usté que lo diga?

BRAU. Hombre, como estoy acostumbrá a oirle decir que se hace usté otra cosa .. hoy me se ha hecho raro. (Ríe Cortinilla que se troncha.)

EVAR. ¡Ya!

CORT. ¡Esta señá Braulia siempre igual de chirigotera!

EVAR. Si estuviera desde anteayer, como yo, con un pedazo de queso gruyer y un mendrugo de pan, ya veríamos.

BRAU. Eso no es argumento, porque desde antiyer no ha caído en mi cuerpo una miga de pan y mire usté cómo me solazo.

PEG. No tendrá usté mucha hambre.

BRAU. ¡Camará que no! Con decirle a usté que esta mañana pasaba yo por la Plaza de Oriente y vi a unas chicas saltando a la comba y me puse a jugar con ellas.

PEG. ¿Anda, y por qué?

BRAU. Que las oí decir que iban a dar tocino.

EVAR. (Incomodado.) ¡Bueno, márchese usté de aquí que usté no tié vergüenza!

BRAU. ¡Ay, que tío! ¿Yo por qué?

EVAR. Porque con los intestinos no se deben gastar chuflas.

BRAU. Yo gasto chuflas con los intestinos y con el Presidente del Supremo. (Ríe Cortinilla.)

(Entra CHARITO, llevando de la mano a FEDE, niño de unos siete años. Charito viene nerviosa y lacrimosa.)

CHAR. Buenas tardes.

BRAU. Hola, Charito. Pero, ¿qué te pasa? ¿Vienes llorando?

CHAR. No, señá Braulia, es que... (Se limpia los ojos.)

BRAU. Vamos, pero, ¿es que estoy yo cegata, criatura?

CHAR. Que le digo a usted que no. (Gimotea. A Cortinillo.) Oye, muchacho.

CORT. Usté dirá.

CHAR. ¿Ha venido hoy por aquí Celestino Larrea?

CORT. ¿El pollo de la Paloma?

CHAR. El mismo.

CORT. Sí, señora; aquí estuvo, serían las nueve.

CHAR. ¿Solo?

CORT. Con Zarza.

CHAR. ¿Qué dices?

CORT. Con uno que le llaman Zarza porque se agarra a to el que pasa a su lao pa que le conviden.

CHAR. ¿Y nadie más?

CORT. Y dos mujeres de Chipén, provincia de Cáceres.

CHAR. ¡Lo ve usté, señá Braulia! ¡Lo ve usté! Y luego quiere usté que no llore: ¡si esto es pa tirarse desde un tejao a la calle! (Llora y se sienta ante la mesa de la derecha.) ¡No puedo más! (Se separa el mantón de los hombros y deja ver una blusa muy descotada.)

NIÑO ¡Madre!

CHAR. ¡Hijo! ¡Hijo de mi alma! (Lo besa.)

(El niño llora dando gritos.)

BRAU. ¡Remonóvar! ¡A mí estas cosas me afeitan!... Pero, Charito: ¿te quiés no poner así? ¿Me oyes? ¡Que no te pongas así, chica!

CHAR. ¡Cómo quié usté que me ponga con ese mal hombre!...

BRAU. Si digo que no te pongas así, que te se va a ver el estómago.

CHAR. ¡Déjeme usté!

BRAU. Pero vamos a cuentas: ¿qué te pasa con tu marido? Relátame.

CHAR. ¿Qué quiere usté que me pase? Que estoy en el abandono más grande que pué estar una

mujer; que Celestino, desde hace seis meses, ha cambiao de un modo que va a terminar conmigo.

BRAU. Pero, ¿es posible? ¿Celestino? Tan modosito, tan correcto. Un muchacho tan fino que siempre que pasaba por la Plaza de Oriente saludaba a los reyes godos. Vamos, Charito. Yo creo que te ocecas.

CHAR. No, señora, no. Que Celestino es otro. El día y la noche se pasa de taberna en taberna y semanas enteras sin parecer por casa, y cuando parece... (Hipo del llanto.)

BRAU. ¿Te pega?

CHAR. ¡Me pega, sí! ¡Me pega por todo! (Llora.)

NIÑO ¡Madre! (Llora berreando como antes.)

CHAR. ¡Hijo de mi alma! ¡Hijo!

BRAU. Pero, ¡vamos!

PEG. ¡Rediez con el cinemodrama!

CHAR. Me pega por tó, por tó: porque el cocido está un poco salao, porque doy un suspiro, porque no ha echao el repartidor el *Heraldo*.

BRAU. ¡Mi madre, qué cafre!

CHAR. Mire usté qué bocao me tiró anoche (Se sube una manga y enseña el brazo.) cuando nos acostamos.

BRAU. ¿No sería de ilusión?

CHAR. De ilusión y luego de una patá me echó de la cama...

BRAU. Entonces no fué de ilusión.

CHAR. ¡Yo estoy desesperá, loca! ¡Un día me mato!

BRAU. ¡Charito! ¿Pero qué dices? ¿Matarte tú con un ángel como este que tiés aquí? (Por el Niño.) ¡Guapote!

CHAR. Y listo como nadie, que ya le han dao en el colegio dos premios al talento y a la circuspeción.

BRAU. ¡Me dejas siberiana! ¡Qué barbaridad! Oye, rico: ¿qué edad tienes?

NIÑO Siete años, para servir al Todopoderoso y a usté.

BRAU. Gracias, galán.

CHAR. Pregúntele, pregúntele.

BRAU. Caray; oye, bonito: ¿en cuántos días hizo Dios el mundo?

NIÑO En seis. El primero hizo el firmamento, el segundo los astros, el tercero los montes y los valles, el cuarto los ríos, el quinto creó al hombre a su imagen y semejanza, y el

sexto hizo el Atlántico, el Adriático y el Mediterráneo, y se fué a descansar diciendo: «Hoy he hecho la mar.»

CHAR. ¡Sol de tu madre! ¡Estrella de mis ojos! ¡Cielo de mi boca! (Le besa.)

BRAU. Pues, chica, tiés un hijo que es posible que se canee de Lerroux.

CHAR. Como que si no fuese por este lucero, de dónde me iba a poner su padre a mí la mano encima. ¡Ya había yo hecho una barbaridad!

BRAU. Mira, Charito: a ti te ocurre lo que te ocurre porque no tiés a tu lao un padre, un hermano o un tío que saque la cara por ti. Tós esos hotentotes que pegan a sus mujeres es porque saben que no tién un pariente con... pantalones, que les pida cuenta.

CHAR. Y que lo diga usté; pero yo no tengo familia, señá Braulia. No tengo más que dos tíos lejanos. (Solloza.)

BRAU. ¿Dos tíos segundos?

CHAR. No; si digo que lejanos, porque están en Murcia.

BRAU. ¡Ah, ya! ¿Y nadie más?

CHAR. Nadie más, señá Braulia, nadie.

BRAU. Pues di que estás más sola que Robinsón Cloché.

CHAR. ¡Ay, si yo tuviera un padre!

BRAU. ¡Eso! ¡Si tú tuvieras un padre! ¿Tu padre murió, verdad?

CHAR. ¿Mi padre?... Miusté, señá Braulia, a usté se lo voy a decir porque veo que me tiene usté estima y cariño.

BRAU. Maternal, hija, maternal.

CHAR. Pues mire usté: yo soy hija de padre desconocido.

BRAU. ¿Qué me dices?

CHAR. Completamente desconocido, señá Braulia. Mi madre era soltera y cuando tuvo, vamos, cuando me tuvo a mí, nadie pudo sacar de sus labios quién había sido el autor de... de mis días. ¿Me entiende usté?

BRAU. Sí, hija, sí. Los dramas del amor o María la hija de un jornalero. No me digas más. La vida, que es una novela. Tu madre que temió que si descubría a tu padre lo mataran sus hermanos. El amor que se impone al despecho y salva a un sinvergüenza. Que somos tontas, Charo, que somos tontas.

CHAR. — Y usté que lo diga. Mi madre murió a los tres años de tenerme, sin soltar su secreto.

BRAU. — ¡Qué lástima! ¡Porque pué que tu padre viva! ¡Miá si se apareciese! ¡Miá si se apareciese y fuese un hombre de riñones! ¡Ibas tú a ver a Celestino! ¡Ibas tú a ver a Celestino! (Entra CELESTINO. Trae una borrachera enorme. Le acompañan PACA y EL OREJAS, que lleva una guitarra bajo la capa y una cara de sueño que da pena.)

CHAR. — ¡¡Celestino!!

BRAU. — ¡Arrea, autormedonte!

CEL. — Chico: a mí uno de mas...

CORT. — ¿Cómo dice usté?

CEL. — Uno de marrasquino, y aquí, a los artistas, dos chatos.

PACA — No, a nosotros nò nos pongas ná. (Se tambalea de sueño.)

CEL. — ¿Cómo que no?

PACA — No nos gusta el Montilla.

CEL. — ¿Cómo que no sos gusta el Montilla? Dos andaluces de pura cepa y no os van a gustar los chatos. Chico: dos chatos.

PACA — Pero, ¿quién te ha dicho a ti que éste y yo somos andaluces? Somos de Canarias.

CEL. — ¡Ah, sois canarios! Eso es ya otra cosa. Canarios, ¿eh? Niño: sácate unas cañitas.

CHAR. — Yo no puedo ver esto, señá Braulia; yo me marcho.

BRAU. — ¡Calma!

PACA — Y oye, Celes: ¿por qué no te vas a acostar? Porque hay que ver que llevamos decisés horas de cuchipandeo sordo.

OREJAS — Yo ya estoy que no puedo con el esqueleto.

CEL. — ¡Ché! ¡Silencio! ¡Todo se andubirá, estrellita de Weyler! (Abraza a la Paca.)

CHAR. — ¡Que yo no puedo ver esto, ea!

BRAU. — (Conteniéndola.) ¡Charito!

CEL. — (Fijandose en el grupo.) ¡Mi agüela! ¡Mi señora!

PACA — (Haciendo mutis rápida.) ¡Atiza!... ¡Pa la calle, Orejas!

OREJAS — ¡Aliviando, que vienen embargando! (Mutis Paca y Orejas.)

CEL. — (A Charito.) ¿Qué haces aquí? ¿Encenagándote?

BRAU. — Oiga usté, Celestino, que yo le respondo a usté que esta mártir ha venido aquí a buscarle a usté.

CEL. — ¿A mí? ¡A buscarme a mí, so gamberra! ¡No-

le he dicho que a mí no hay quien me busque, so vencejo!

NIÑO ¡Padre!

CEL. ¡Quitá de ahí, langostino con delantal, que te doy un paspayá que te hago una cómpota!

BRAU. ¡Vamos, Celestino! (Le contiene.)

CEL. ¡Déjeme usté, que yo conozco a esa mosquita muerta! ¡Déjeme usté! (Intenta pegar a Charito, interponiéndose Braulia.)

BRAU. ¡Chica! ¡Vete! ¡Anda!

CHAR. ¡Vámonos, hijo mío, vámonos!

CEL. ¡Si te voy a mondar!

NIÑO (Haciendo mutis.) ¡Pobrecito papá, qué merluza tiene!

BRAU. (Llevándose a Charito.) ¡Anda! ¡Anda!

CHAR. (Haciendo mutis.) ¡Un padre! ¡Si yo tuviera un padre! (Mutis de Charito, Niño y Braulia.)

CEL. ¡Maldita sea! ¡Buscarme a mí! ¡Bueno! ¡Yo enviudo!.. Oye, ¿y la Paca? ¿Dónde está la Paca?

CORT. ¿A quién busca usté?

CEL. ¡A la Paca, hombre!

CORT. ¿Qué Paca?

CEL. La que estaba conmigo, so alcaparrón.

CORT. ¡Anda! Pues si entavía no ha parao, pué que ya esté en Soria.

CEL. ¡Maldita sea su corazón! ¡Si todas son lo mismo! ¡Gástese usted los billetes con su cuerpo gitano y después las de Villadondiego!... Bueno. ¡Pues lo que es yo no vuelvo a casa! (Se sienta ante la mesa de la derecha.) ¡La vida es una soñarrera! (Se echa de bruces y se queda dormido.)

(Entran FLORENCIO, CRESCENCIO y SATUR. Los primeros traen dos bandurrias cada uno y el tercero dos guitarras.)

FLOR. Salud y Marcelina.

CRES. Felicidad y Encarna.

PEG. Se corresponde al taco.

EVAR. Pero, oye: ¿venís a una reunión sindicalista o a un supermonmatruás?

FLOR ¡Anda éste! ¿Pero no estás enterao?

CRES. ¡Pues eres el único!

PEG. (Tomando una de las bandurrias.) Esta es una idea del Ogro pa que si nos sorprende la poli, como antiyer, podamos justificar que estamos reunidos.

EVAR. No me percato.

PEG. Pues es mu sencillo. Ahora nos metemos ahí dentro pa labrar el porvenir de esta España anacrónica y recalcitrante.

EVAR. Eso es.

PEG. Bueno, pues que entra la poli: da el medidor una palmada, tiramos de bandurrias y pasodoble de Gallito al canto. Somos una comparsa que está ensayando pa Carnaval.

EVAR. ¡Mi madre! Bueno, ese Laviña tié una de pensamientos que pué hacer una corbeille.

BOTELLA ¡Es un tío!

FLOR. ¡Es una pirámide!

CRES. ¡Ahí está!

EVAR. ¡Levantarse!

PEG. ¡Fuera gorras!

(Se ponen todos en pie y se descubren. Pasa un momento y no entra nadie.)

EVAR. (A Crescencio, que está junto a la puerta.) Oye: ¿qué hace?

CRES. (Asomando la cabeza.) Está comprando cacahués.

PEG. ¡Qué talento! ¡Pa despistar!

CRES. ¡Ahí viene!

BOTELLA Démosle un viva que se crea que va a ser Matusalén.

(Entra LAVIÑA. Es un obrero como de unos cincuenta años, con unas barbas salvajes y una cara de ogro que hace honor a su mote. Al entrar cierra la puerta rápidamente, se vuelve y pasea una mirada terrible por el grupo que le contempla; se acerca de dos zancadas á la puerta del foro y asoma por ellas la cabeza olfateando con desconfianza, se dirige en seguida a paso de lobo al mostrador, y apoyándose en él, dice con voz cavernosa:)

EUST. Ponme un sidral.

PEG. (En voz baja.) ¡Viva Laviña!

TODOS (En voz baja.) ¡Viva!

EUST. (Adelantándose.) Compañeros... (Le rodean todos con expectación.) Ha sonao la hora en el Longines de la liberación y hay que armarse de valor cívico y de... El adolescente que cachuchea ¿es de confianza? (Por Cortinilla.)

PEG. Garantizao.

EUST. Pues sus decía... que a mí no me inspira confianza y ranudo.. sus decía que ha sonao la hora en el Longines de la liberación

y que dada esta hora no es cosa de dormirse... (Se oye roncar a Celestino.) Y a propósito. Ese que sorna en aquella mesa, ¿es de los nuestros?

PEG. — No, señor; es un tío que tiene una melopea digna de la Sinfónica.

EUST. — Oye, chico.

CORT. — Mande usté.

EUST. — Dile a ese socio que se vaya a roncar al Senao, que allí no choca.

CORT. — Se le dirá.. ¡Don Celestino! ¡Don Celestino! (Le mueve.)

CEL. — (Sin despertarse.) ¡Charito, que te arreo!

EUST. — Déjalo. Tiene una tajada que en un guisao sería un éxito. Ea, compañeros, pasemos al salón de sesiones, que va a ser ese. (Señala el del baile.) Repartirse las sonantas y, ya sabéis, en cuanto oigáis la palmá, pasodoble de Gallito, aire torero y flema londinense. (Se reparten las bandurrias. A Cortinilla.) Tú, a la puerta y mucho ojo, y en cuanto huelas a Jefatura, ¡zás! ¡zás! (Da dos palmadas.) como si fuera un parroquiano que te llama.

CORT. — Comprén.

EUST. — ¿Cómo que comprén?

CORT. — Que comprendido, sí, señor. Es que sintetizo.

EUST. — ¿Ah, sí? (Le coge de un brazo, asustándole.) Pues a ver si te sintetizo la nariz de un tortazo. ¡Nos ha merengao el adulto! (A los demás.) Niños: al salón. (Mutis todos menos Celestino y Cortinilla.)

CORT. — Yo no sé cómo mi amo deja a esta gente que se reuna aquí. A lo mejor empiezan a gritar ¡viva el reparto! y se llevan las tajás del escaparate.

(Entra la señá BRAULIA.)

BRAU. — Cortinilla. (Misteriosa, mirando con recelo a Celestino.)

CORT. — Señá Braulia.

BRAU. — ¿Vino ya el ogro?

CORT. — Vino.

BRAU. — ¿Dónde está?

CORT. — Está ahí dentro: en la cámara de los pares de alpargatas.

BRAU. — Pues anda, entra al hemiciclo y dile al señor Laviña que salga, que le está esperando aquí una dama.

CORT. Yo no interrumpo al señor Eustaquio, aunque viniera a pedírmelo el dios de nuestro gremio.

BRAU. ¿Quién? ¿El dios Baco?

CORT. No, señora: Netuno.

BRAU. Anda, galán; pasa y no divagues, que el asunto que me traigo es mu serio.

CORT. Que no paso.

BRAU. Pues pasaré yo. (Avanza.)

CORT. (Interponiéndose.) Seña Braulia: que no se pué pasar.

BRAU. Déjame que pase, o de lo contrario...

CORT Pasará usté, pero será por encima de mis restos mortales.

BRAU. Vamós, criatura. (Trata de pasar.)

CORT. (Poniéndose delante.) Que he dicho que no, señá Braulia.

BRAU. ¡Mira que te arreo!

CORT. ¡Me es igual!

BRAU. ¡¡Que te quites!!

CORT. ¡¡Que no!!

BRAU. ¡¡Pues toma!! (Le da una sonora bofetada. Inmediatamente se oye dentro el pasodoble «Gallito».)

CORT. ¡Mi madre! (Llevándose las manos al carrillo.)

BRAU. (Que se detiene estupefacta al oir las bandurrias.) Oye, ¿tenéis alguna boda en el salón?

CORT. No, señora: son los del comité sindicalista: son los síndicaos.

BRAU. ¿Los indicaos? Los indicaos pa una juerga querrás decir. ¿Pues no afirmabas que estaban deliberando?

CORT. ¡Yo no le puedo a usted decir ná, so bestia! (Asomándose a la puerta del foro.) No toquen ustés más, que ha sido un «quis pros quos».

EUST. (Sale con la bandurria en posición y las naturales precauciones.) ¿Cómo dices, niño?

CORT. Esta señora que le quiere hablar a usté.

EUST. ¿Pero dónde está la poli?

BRAU. Soy yo, señor Laviña, que quiero hablar con usté y he sopapeao a este ujiere.

EUST. Perdóneme; pero yo me debo a la causa común (Medio mutis.)

BRAU. Es que esto pué ser un porvenir venturoso pa usté, señor Laviña.

EUST. ¿Pa mí? (Deja la bandurria sobre una mesa de la izquierda.) Chico: dos de cazalla. (Asomándose a la puerta del foro.) El compañero Vellón, está en el uso. (Sentándose.) Señá Braulia, tiene

usté la palabra, un poco bronca, pero la tiene usté.

BRAU. Pues escúcheme usté con atención.

EUST. Soy todo trompas de Eustaquio.

BRAU. (Señalando a Celestino.) ¿Ve usté ese leño?

EUST. ¿Cuál?

BRAU. Ese tío que ronca sobre esa mesa.

EUST. Sí.

BRAU. Pues ese hombre tiene un capitalito muy decente y es más bruto que una puerta cochera.

EUST. Muy bien.

BRAU. Y además está casao con una mujer que ha debido bajar de allá arriba pa soportar a esta mula con hongo.

EUST. Prosiga.

BRAU. La chica, por ser huérfana de madre e hija de padre desconocido, carece del amparo de una persona enérgica, y de ahí que ese avestruz le dé una vida tan perra, que la infeliz está ya pa tirarse por una ventana.

EUST. ¿Y yo qué bombardino toco en esa historia?

BRAU. Pues mire usté, señor Eustaquio: en este drama conyugal espeluznante, pué usté ser la tabla de salvación pa esa infeliz criatura.

EUST. ¿Cómo?

BRAU. Presentándose como si fuá su padre.

EUST. ¿El padre natural?

BRAU. Natural. Ella, que está conforme y advertida, vendrá por aquí si usté acepta. Usté sale, la mira, dice: ¡Ah! Y ¿cómo te llamas? Y que si tienes la misma cara que ella. Y que dónde naciste. Y que si tu madre se llamaba Rosario. Y que ella dice que sí... ¡Hija de mi vida! ¡Padre de mi alma!... Vamos que no me diga usté, que yo le visto a usté representar en el Zorrilla *Guzmán el Bueno*, y lo sacaron a usté en hombros del teatro.

EUST. Pero fué porque me pinché en un pie con el puñal cuando lo tiré desde la torre.

BRAU. Ignoraba el accidente; pero de todas maneras para convencer a un alcohólico le sobran a usted facultades.

EUST. ¿Y dice usté que tié dinero?

BRAU. De largo. Su padre fué maestro de obras y le ha dejao un capitalito más saneao que las viviendas.

EUST. Caray, señá Braulia: me coge usté en un

momento de mi aporreada vida, que desde hace seis meses no he visto cinco pesetas juntas y esto es duro.

BRAU. Pues ya sabe que cuando pasan rábanos,..

EUST. Percataos: ¡son míos!... Ahora va usté por esa víctima, viene, despierta al susodicho, promueve una bronca, salgo yo y.. diga usté, ¿qué carácter tiene ese pollo?

BRAU. El de tós los que pegan a las mujeres: Con ella un caimán, con los demás una torta de Alcázar.

EUST. ¡Cuidao! Que hay tortas que hacen daño.

BRAU. Se toma bicarbonato y en paz.

EUST. Me lo pone usté de un color que el rosa es negro brea.

BRAU. ¿Decidido?

EUST. Decidido. El que no come la diña. Venga esa mano providencial. (Se estrechan las manos.)

BRAU. Pues hasta ahora. (Se levanta.)

EUST. Pague usté que ya lo descontaremos del negocio.

BRAU. Pero, ¿está usted a dos velas?

EUST. ¡Estoy pa unas regatas! Chico: éntrate una ronda, la señora sufraga. Beso a usté los pieses. (Mutis por el foro.)

BRAU. (Paga a Cortinilla.) ¡Valiente sinvergüenza!... ¡Pero este es nuestro hombre! Sinvergüenza y valiente. ¡Te las ganas, Celestino! (Mutis.)

CORT. ¡Caray con la señá Braulia! (Rascándose un carrillo y colocando copas con vino en una bandeja.) Ella no comerá, pero tié una mano que si se mete a señorita pelotari, se hace la reina de la cancha. ¡Qué bruta! ¡Qué bíces!

(Entra IGNACIO precipitadamente, hablando de prisa.)

IGN. Cortinilla, hola; ya habrán venido esos, ¿verdad?

CORT. Hace un lustro.

IGN. ¡Maldita sea! Chico, ná, que me he tenido que escapar de casa, que mi señora, que es la propia hidra de la reacción, me secuestra pa que no acuda a los metines, pero yo, bueno .. ¿dónde están esos?

CORT. En el salón.

IGN. Oye, ¿a ti t'habrán encargao que vigiles?

CORT. Sí, señor; soy el torrero.

IGN. Pues oye, si ves venir a mi señora me das una voz, ¿eh? ¡Que no te se olvide!

CORT. Descui.

IGN. ¿Cómo?

CORT. Que descuide usté, es que sintetizo.

IGN. (Haciendo mutis.) ¡Ah, ya! (Mutis.)

(Cortinilla, con la bandeja sobre ambas manos, sale del mostrador hacia la puerta del foro. En este momento entran PARDIÑAS y CALDEIRO, guardias de Orden público.)

PARD. Buenas.

CORT. (Quedándose de una pieza.) ¡Ah!

PARD. Oye, chico.

CORT. ¡Mi madre! ¡La autoridad competente, y me pilla con las manos en la bandeja! (Intenta salir.)

PARD. (Lo coge de una manga y lo coloca entre él y Caldeiro.) Ven aquí, hermoso.

CORT. (Temblando.) Soy con ustedes. (Cada vez que Cortinilla vuelve la cabeza hacia el guardia que le dirige la palabra, el otro le coge una copa de la bandeja, se la bebe y la vuelve a dejar en su sitio, sin que lo note.)

PARD. Tenemos oído que en una de las ciento cuarenta y cuatro tascas del distrito se conspira. (Caldeiro bebe.)

CORT. ¿Que se conspira?

CALD. Sí; y como no es cosa de que registremos ciento cuarenta y cuatro locales, con dependencias y tó, tú dirás si aquí se reune gente sospechosa. (Pardiñas bebe.)

CORT. No, señor, toda gente honrada, obreros pacíficos y noviciados.

PARD. ¿De modo que nos puedes jurar que aquí no hay ni miasmas de sindicalistas? (Caldeiro bebe.)

CORT. Se lo puedo jurar a ustedes con las manos sobre el corazón. Ténganme ustés la bandeja.

CALD. No hace falta. Te creemos. (Pardiñas bebe.)

CORT. (Dando un suspiro de satisfacción.) ¿Y ustedes por dónde han venido, que nos los he guipao?

PARD. (Mientras bebe Caldeiro.) Hemos venido por la Ronda.

CALD. (Mientras bebe Pardiñas.) Eso es: por la Ronda.

VOZ (Dentro.) ¡Viva Pestaña! ¡Viva!

CORT. (Rompe a cantar, dando grandes voces para evitar que los guardias oigan los vivas, y se escabulle y hace mutis por el foro.)

VOCES (Dentro.) ¡Viva Lerroux! ¡Viva!

PARD. ¿Eh? ¿Oyes, Caldeiro? (Escuchan.)

VOCES (Dentro.) ¡Viva Maura! ¡Viva! ¡Viva el Obispo de Jaca! ¡Vivaaa!

CALD. ¡Ah! ¡Son los obreros católicos!

PARD. Ya decía yo. Pues vamos a otra tasca y quiera la Providencia que no encontremos bolchevisquis, porque yo, en cuanto vea uno, tiro de sable.

CALD. Tiro de revólver, querrás decir.

PARD. Como quieras. El caso es que a mí no me dan un disgusto. Yo madrugo y atizo

CALD. Estoy contigo, Pardiñas, estoy contigo. (Mutis.)

(Asoma CORTINILLA la cabeza por la puerta del foro.)

CORT. Ya se han ido. (Sale.)

VOZ (Dentro.) ¡Viva Rusia! ¡Viva!

CORT. (Hablando entre hipos.) ¡Bueno! Este susto... no me lo sacan a mí... del cuerpo... ni los calomelanos.

(Entra BRAULIA y CHARITO.)

BRAU. Vamos, pasa, no seas tonta.

CHAR. Tengo miedo, señá Braulia.

BRAU. Pero, ¿miedo de qué? ¿De que te se acerca la hora del bienestar? ¡Vamos! Si ahora te repucharas merecías que tomaras un quince y descarrilase.

CHAR. ¡Mírele usté, señá Braulia! ¡Todavía aquí. haciendo el ridículo! ¡Me da una vergüenza!..

BRAU. ¿Y tú que le vas a hacer? Si te has casao con un húngaro.

CHAR. ¿Con un húngaro?

BRAU. A ver: un tío que va siempre con una mona.. Bueno, ya le estás despabilando, que el tiempo es pasta.

CHAR. ¡Me tiemblan las piernas!

BRAU. O le despiertas tú o le despierto yo.

CHAR. ¡El Señor me dé fuerzas! (Se acerca a Celestino y le da un golpecito en la espalda, con mucho miedo. Celestino no se mueve.) ¡Ay!

BRAU. ¡Vamos, chica! Eso es un mimo. Hay que darle así (Se acerca a Celestino y le da un tantarantán que le tira el hongo.)

CHAR. ¡Jesús!

CEL. ¿Quién ha amagao?

BRAU. (A Charito.) ¡Vengan los epítetos!

CHAR. (Con temor.) ¡Granuja! ¡Sinvergüenza! ¡Arrea pa casa!

CEL. Pero, ¿qué es esto?

CHAR. ¡So borracho!

CEL. Pero, ¿eres tú?

CHAR ¡Yo, mal padre, mal hombre, yo! ¿Qué hay?

CEL. (Poniéndose en pie.) ¡La momia de mi abuela! ¡Te hago polvo! (Avanza.)

BRAU. (Interponiéndose.) No se haga usté ilusiones, que han regao.

CEL. ¡Déjeme usté que me voy a beber su sangre! (La tira una patada, contenido por Braulia.)

CHAR. ¿A mí tú, so canalla!

CEL. ¡La mato! (Forcejea con la señá Braulia.)

BRAU. ¡Chico!

CHAR. ¡¡Gallina!!

CEL. ¡¡La pelo!! (Escándalo. Sale LAVIÑA, hecho un basilisco, y da unas voces tan estentóreas que Celestino se tambalea.)

EUST. Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Qué escándalo es éste? (Ruge.)

CEL. ¡Rediez! ¡El Ogro! (Silencio absoluto.)

BRAU. Ná, señor Laviña. Una futesa entre una servidora y aquí el joven, por si...

EUST. El por qué no me importa, como tampoco me importa que se maten ustés, porque después de tó, en el mundo lo que sobra es gente...

CEL. (¡Qué bárbaro!)

EUST. Pero asesínense sin molestar a nadie. *¡Requiescat!*

CHAR. Tiene razón este caballero.

EUST. (Se vuelve. Se fija en Rosario y retrocede como ante una aparición. Avanza luego, mirándola de hito en hito, se detiene, se limpia el sudor, balbucea... Todos le contemplan con asombro.)

CEL. ¿Qué le pasa a este tío?

EUST. (Hablando emocionadísimo y cogiendo a Charito una mano.) Oiga uste, joven.

CHAR. Usté dirá.

EUST. ¿Se llama usté por casualidad.. por casualidad?... ¡Caray, que se me ha olvidao!

CHAR. Rosario.

EUST. ¡Eso! ¡Rosario! ¡Rosario!... Y su madre de usté, ¿se llamaba por casualidad lo mismo?

CHAR. Rosario también, sí, señor.

EUST. ¿Y su abuela, Rosario?

CHAR. Como mi madre y como yo.

EUST. ¡Ah! ¡Tres Rosarios! ¡Vamos a cuentas, joven, vamos a cuentas! ¿Usté no ha conocido a su padre?

CHAR. No, señor, desgraciadamente.

EUST. ¡Dios mío! ¿Y usté sabe la gracia de su su padre?

CHAR. ¿Cuál? ¿La que hizo dejándonos abandonás a mi madre y a mí?

EUST. ¡Abandonás! ¿Luego usté no está reconocida?

CHAR. Pero no le digo a usté que nos dejó abandonás. ¿Cómo quié usté que esté reconocida?

EUST. ¡Abandonás, no; Rosario, no pronuncie usté esa palabra, porque me hace pavesas el corazón!... (Patético.)

CEL. ¡Anda, qué gracia!

BRAU. ¡Cállese!

EUST. Cierto que su padre dejó a su madre y a usté sin amparo marital y paternal, que es el oasis de todos los hogares, pero tuvo que irse a Filipinas, impulsado por la necesidad, porque le ofrecieron un destino de diez mil reales vellón, que era una ganga. Las abandonó, sí, pero no echarle la culpa a él; no, no fué él: ¡fué el destino!

BRAU. ¿Usté conoció entonces al padre de ésta?

EUST. (Declamatorio.) ¡Callad, noble dama, no agolpeis a mi rugosa frente recuerdos que me laceran!

CHAR. Sí, si usted le ha conocido... por lo que usted más quiera... dígame... ¿murió acaso?

EUST. No

CHAR. ¿Vive?

EUST. ¡Vive!

CEL. (¡Maldita sea su vida!)

CHAR. ¡Vive! ¡Caballero, por Dios, lo imploro, lo exijo! ¿dónde está mi padre? ¿Dónde?

EUST. ¡Señora!

CHAR. ¿Dónde? ¿Dónde?

EUST. Pues, tu padre...

CHAR. ¡Sí!

BRAU. Tu padre...

CHAR. ¿Qué? ..

EUST. Tu padre... ¡¡¡Hija!!! (Da un grito melodramático y la abraza.)

BRAU. ¡Usted!

EUST. (Abrazándola.) ¡¡Hija!!

CEL. Pero, ¿usted?

EUST. (Abrazándole.) ¡¡Hijo!!

CHAR. ¡Padre!

EUST. (Volviendo a abrazarla.) ¡¡Hija!! (¡Qué barbari-

dad! ¡Está más llena que un cine en domingo!) (Finge un mareo.)

CHAR. ¡Padre! ¿Que le pasa?

EUST. (Volviendo en sí.) Nada, no es nada, la emoción, la sorpresa, el poco alimento... ¡cuatro meses parao!

CHAR. ¡Padre mío!

EUST. ¡Hija de mi alma!

CEL. Chico: traéte una chuleta empaná.

EUST. ¡Hijo de mi vida! Porque supongo, Rosario, que este joven tan atento. . a lo que yo digo, será tu tierno esposo.

CEL. Pa servir a usté.

EUST. (Sentándose.) ¡Hijos míos! ¡Oh, qué momento! ¡Cuántas veces me he preguntao a mí mismo: ¿vivirá aquel fruto de mis caros amores? ¡Aquel ángel! ¿Se habrá casado? Y si se ha casado, ¿será feliz? ¿La maltratará su marido? ¡Oh! ¡Y ante esta sola idea... perdóname hijo... la sangre se me agolpaba al cerebro y me brotaban pensamientos criminales!

CEL. ¡Charito!

CHAR. ¿Qué quieres?

CEL. Toma, rica; este caramelo que te he guardado.

CHAR. Gracias.

CEL. No hay de qué, encanto.

EUST. ¡Oh! ¿Quieres mucho a mi hija, verdad?

CEL. ¡Con locura, padre!

EUST. Y tú, querube terrenal, ¿eres feliz con tu marido?

CHAR. Yo... yo... sí, padre, muy feliz.

EUST. Gracias, hijo; porque si yo supiera que alguien hacía desgraciada a esta pobre criatura...

BRAU. No, señor, no; yo le garantizo a usté que éstos, en tocante a cariño, son una especie de Daoiz y Velarde.

EUST. Pues bien; sed felices, no quiero perturbar vuestro idilio; yo seguiré errabundo por el mundo...

CHAR. Pero, ¿cómo, padre? ¿No se va usté a venir con nosotros a nuestra casa?

BRAU. ¡Hombre! Eso no se pregunta. Naturalmente. (A Laviña.) ¿Cómo quiere usté, hombre de Dios, que sus hijos consientan que viva usté solo y apurao?

EUST. ¡Seña Braulia! Sus palabras llegan a mi

cuerpo como un consomé reconfortante. Gracias, señá Braulia. Gracias, hija. Gracias, Celestino; tu noble ofrecimiento que leo en tu mirada es para esculpirlo en Sevres. ¿Cómo pagaros? ¡Gracias a todos!

CORT. La chuleta.

EUST. ¡Gracias a Dios! (Se dispone a comer.) Creí que no venías.

BRAU. (A Celestino.) ¡Pobre abuelo!

CEL. Bueno; este señor se me mete en casa. Pero yo me lo gano.

PEG. (Asomando.) Señor Laviña, el comité pregunta que qué le pasa, que no pasa usté.

EUST. Diles (Con la boca llena.) que me retiene un asunto de familia.

PEG. Es que están acaloraos los ánimos.

EUST. Ahora voy, hombre, ahora voy. (Mutis Pegote.)

CEL. (Ná, que yo me lo gano.) (Muy fino.) Bueno, padre: sus compañeros le reclaman, y el primer mandamiento es no molestar. Nos vamos pa casa, Ronda de Atocha, 145, y allí le aguardamos a usté con los umbrales y los brazos abiertos. Pero en el interín, quiero que celebre usté con sus amigos este acontecimiento familiar. Se van ustés a comer a la salú de Charito la cazuela de pájaros que hay en el escaparate.

EUST. ¡Qué grande eres, hijo mío! ¡Tienes los mismos sentimientos que San Francisco de Asís! (Le abraza y le besa en la frente.)

CEL. Se estima el parangón. (A Charito.) Andando, hermosa. (A Cortinilla.) Ya lo has oído, tú; calienta la cazuela y sírveles a estos señores los pájaros.

CORT. ¡Van volando!

CHAR. Hasta luego, padre; que vaya usté pronto.

EUST. Descuida, hija. ¿Ronda de Atocha, 145?

CHAR. Cuarto cuarto

EUST. ¡Caray! ¿Hay ascensor?

BRAU. Hay un mozo de cuerda, que por dos reales le sube a usté hasta la terraza.

EUST. Perfectamente.

CHAR. / CEL. (Haciendo mutis.) ¡Adiós, papá! (Mutis.)

EUST. ¡Adiós; hijuelos!

BRAU. ¡Que no deje usté de ir! ¿Eh?

EUST. ¡Eso es valetudinario! Servidor chupa de la piragua.

BRAU. ¡Ole! (Le estrecha la mano.) Hasta lueguito (Mutis.)

(Dentro, un gran escándalo. Voces, golpes, etc.)

EUST. ¿Qué es eso?

(Salen por la puerta del foro, tumultuosamente, PEGOTE, BOTELLA, ESTÉVANEZ, EVARISTO, CRESCENCIO, FLORENCIO, SATUR e IGNACIO. Evaristo enarbola la bandurria hecha unos zorros. Los demás le contienen y protestan.)

EUST. (Saltando como un león.) Pero ¿qué pasa?

EVAR. Que aquí no hay interés ni entusiasmo, ni vergüenza, ni armonía, ni ná.

PEG. Que se ha presentao un voto de censura a la mesa.

EUST. ¿Quién ha sido?

EST Este .. este...

EUST. (Rugiendo.) ¿Cuál?

EST. Este cura.

EUST. ¿Sí? Pues a ese cura le voy a hacer un cardenal. (Se abalanza hacia él y Estévanez sale huyendo como una bala.)

EST. ¡Ay! (Mutis derecha.)

(Los demás se interponen y contienen a Laviña como quien contiene a un perro de presa.)

PEG. ¡Señor Laviña!

EUST. ¡Sinvergüenza! ¡Canalla!

PEG. ¡Señor Laviña, por Dios!

EUST. ¡¡Dejarme!!

PEG. ¡Por Dios, señor Laviña!

EUST. ¡Dejarme!

EVAR. Déjele usté, que yo ya le dao lo suyo.

PEG. Y yo le he metido una chuleta.

EUST. (Tranquilizándose de pronto.) Y apropósito de chuleta, ¿dónde está? (Busca la suya, que ha desaparecido del plato.)

PEG. ¿El qué?

EUST. La chuleta.

EVAR. ¿Qué chuleta?

EUST. ¡Caray! Una empaná que tenía yo en este plato.

PEG. ¡A mí que me registren!

LOS DEMÁS. Y a mí.

EUST. Bueno: aquí no hay ciudadanía, ni civismo, ni respeto al presidente, ni a la mesa, ni al plato ni a las tajadas. Estoy viendo que me hago joven maurista.

EVAR. Bueno, Eustaquio: no te pongas así. Por un garbanzo no se va a descomponer el puche-

ro, ni por una chuleta se va a descomponer una asamblea magna.

EUST. Tiés razón. ¡Viva el comunismo!

TODOS ¡Viva!

EUST. Pero no me negaréis que el que s'ha llevao la chuleta es un viva la Virgen.

TODOS ¡Viva!

CORT. (Dando una voz.) ¡¡La Poli!! ¡¡La Poli!!

EUST. ¡A las vihuelas! ¡Venga el tango! ¡A una!

Música

La Re,
La Re,
la Remigia es una cocinera.
La Remigia es una cocinera
que le fríe la sangre a cualquiera.
La Re,
La Re,
la Remigia se pone a guisar
y hace cientos de platos tan ricos
como Romanones o el Duque Tovar.

TODOS La Re, etc.

EUST. Y si hace un guisao
lo saca bordao,
que hay que ver cómo guisa la socia.
Y el año pasao
hizo un bacalao
que la felicitaron de Escocia.
Los callos también
los saca muy bien,
pues como es tan vivales la indina,
en cuanto es mayor
el primer hervor
los mueve con una escofina.
Hay que ver cómo guisa Remigia,
que la llaman la niña prodigia.
Cocinera de cara hechicera
que no echas más sales que las de tu gracia.
Cocinera que si asas un pollo
parece talmente de la aristocracia.
¡Ay, cocinerita, ay,
¿Hay algo pa mí?
Que ya tengo ganas, ¡ay!,
que me des el sí.
¡Ay, cocinerita
de mi corazón,
cuando nos casemos

nos arrullaremos
cerca del fogón!
La Re, la Re,
la Remigia es mi bella ilusión.

Hablado sobre la música

EUST. Pero, ¿y los guardias?

CORT. ¿Qué guardias? O se creen ustés que están tocando en Palacio.

EUST. ¿Pues no has dicho que venía la Poli?

CORT. La Poli, sí, señor. La Policarpa. La mujer del señor Ignacio.

EUST. ¡Maldita sea tu síntesis, ladrón!
(Le da una patada y Cortinilla huye por el foro.)
(Cantado.)
La Re, la Re, la Re,
¡¡La Revolución!!

Hablado

EUST. Muy bien; el calamburge nos ha servido de ensayo.

CORT. (Sale con una gran cazuela.) Los pájaros, señor Laviña.

EUST. Oportunísimo. (Coge una mesa y la coloca en el centro de la escena.) Pon ahí la cazuela.

EVAR. Pero, ¿es para nosotros?

BOTELLA ¡Qué aroma!
(Todos meten las narices en la cazuela y ponen los ojos en blanco.)

PEG. ¿Qué es esto?

EUST. (Solemnemente.) ¡Compañeros! Esto es que hay una Providencia pa los pobres y que ha dispuesto que al cabo de los años coma este comité. Hacer corro, sacar las navajas y a la que yo diga tres, pinchazo y paso atrás. El cazador que abuse y fleche más de un pajarito, ya puede ahuecar el ala, porque como no haiga pa tos habrá patás. Prevenidos.
(Se forman en corro alrededor de la cazuela. Sacan y abren las navajas.)

EVAR. ¡Me late el corazón como en mis años juveniles!

EUST. ¡A una!... ¡A dos!... ¡A tres!
(Entran PARDIÑAS y CALDEIRO en el preciso instante en que meten las navajas en la cazuela.)

PARD. (Apuntándoles con el revólver.) ¡Arriba las manos! (Todos levantan las manos con un pajarito en la navaja.)

EUST. ¡Mi abuela! ¡¡Nos han copao!!

PARD. ¡No te dije, Caldeiro! ¡Todos con navajas! (Todos, llevados del hambre, intentan llevarse el pájaro a la boca.) ¡¡Arriba las manos!! (Se repite el juego.) ¡¡Arriba las manos!!

(Van haciendo mutis, lentamente y cantando el número a media voz, seguidos de los guardias que siguen apuntándolos con los revólvers.)

TODOS

La Re,
La Re,
La Remigia es una cocinera, etc.

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de Celestino. Puerta al foro izquierda, que da a un pasillo. Balcón al foro derecha. Puertas laterales: dos a la derecha y dos a la izquierda.

Pequeña mesa en el centro, sobre la que pende un aparato de luz y de éste un interruptor eléctrico en forma de pera.

—

(CELESTINO, sentado ante esta mesa, y con los codos apoyados en ella, tiene la cabeza entre las manos, en una actitud de consternación extrema. Frente a él, PONCIANO sorbe ávidamente el contenido de un tazón. Sobre la mesa otros tres tazones.)

PON. Pero, hombre, no te abatas; ¿qué vas a conseguir con abatirte? Dos cosas perjudiciales: que te abates y que no tomas café. Yo, chico, la verdad, no te conozco. Antes tú hacías una vida que, la de don Luis de Ulloa, era monástica: francachuelas, mujeres, tabernáculos, juicios de faltas, faltas de juicio; la chipén, lo que debe hacer un hombrecito en este planisferio... Oye, Celestino; ¿quiés hacerme el favor de decir que me traigan otro poco de café, que está muy bueno?... (Celestino, sin alterarse, levanta un brazo, oprime el interruptor del timbre y vuelve a quedar como estaba.) Tú dirás que abuso, pero, chico, una amistá de ocho años, interrumpida por un colapso de tiempo de tres meses, me da derecho, no pa pedir un café, pa pedir una tienda de ultramarinos.

(Entra LUZ.)

LUZ ¿Llamaba el señorito?

PON. Unas gotas más de café, joven sirviente.

LUZ Se ha concluído, señorito, con el cuarto tazón que les he servido a ustedes.

PON. Pero, ¿no queda nada de nada?

LUZ Queda una taza de manzanilla, que había hecho para una servidora.

PON. Hombre, tráigamela, y usté perdone que la deje en seco, pero es para acabar esta galleta María, que está pidiendo un baño.

LUZ Voy, voy. (Mutis.)

PON. Es simpatiquísima esta fogonera.

CEL. (Saliendo de su marasmo, con voz cavernosa y cogiendo a Ponciano una muñeca.) Oye, Ponciano.

PON. ¡Caray! ¿Qué quieres?

CEL. ¿Tú sabes si hay algún veneno que mate sin dolor físico?

PON. Pero, Celestino...

CEL. O dentro de quince días me encerrarán en una casa de orates. ¡Yo no puedo más! ¡Son cuarenta y cuatro días! Los llevo contados. ¡Cuarenta y cuatro días sonriendo a mi mujer! ¡Llamándola tocino de cielo, carne de mis carnes y corazón de mis arterias! ¡Cuarenta y cuatro días sin haberla podido dar una patada!... Y añade a esto que tengo que comer a la una en punto, cenar a las siete y luego irme a la cama o al cine, con ella, mi suegro y el peque... ¡¡Esto es horrible!! ¡¡Horrible!! ¡¡Horrible!! (Vuelve a quedar en la postura anterior.)

PON. Bueno, si eso me pasa a mí, enfermo del hígado.

(Entra LUZ con una taza.)

LUZ La manzanilla, señorito. (Deja la taza en la mesa.)

PON. Mil gracias mitológicas, amable artesana.

LUZ Se la he traído a usted sin azúcar, porque así quita mejor la bilis. Lo sé por experiencia.

PON. ¡Caramba! ¿Tú tienes bilis?

LUZ ¡Ay! Sí, señor; de los disgustos que me da mi novio.

PON. Pues, rica, tómate...

LUZ Tomo manzanilla.

PON. Digo que tómate la molestia de traerme el azucarero porque a mí la manzanilla sin azúcar me sienta peor que una cofia.

LUZ ¡Qué gracioso es usted!

PON. Y tú qué salada.

LUZ ¿De veras? (Le sirve el azucarero)

PON. ¡Más que el Adriático! Oye ¿cómo te llamas?

LUZ Me llamo Luz, pa servirle. (Le echa azúcar en la taza.)

PON. Sírveme, sírveme otro poco. (La coge una mano.)

LUZ Vamos, quite. Hasta luego. (Se va coqueteando.)

PON ¡Adiós, Osram! ¡Qué rica es! Bueno; a esta Luz me la llevo yo a la Bombilla.

CEL. (Saliendo otra vez de su postración.) Oye, Ponciano: cuando mi suegro no estaba en esta casa, te animaba al piropo; pero hoy, como te permitas dirigir la más inocente chirigota, pongo por ejemplo, a la carbonera, el cisco que se arma es de orujo.

PON. ¿De modo que tu suegro?...

CEL. (Levantándose nerviosísimo.) Mi suegro es de una moral y de una rectitud que no tiés idea.

PON. ¡Mira qué es raro! ¡Un sindicalista!

CEL. ¡Esa es otra! Cada ocho días viene aquí un comisario con seis agentes y diez y ocho guardias, a efectuar un registro, y me abren y me revuelven todo a ver si encuentran documentos comprometedores o algún sindicalista delincuente.

PON. Bueno: a tu suegro le tienen un pánico...

CEL. ¡Es que es de pronóstico! Mira: pa el día que se arme la gorda, s'ha comprao un traje de guardia, con casco y todo.

PON. ¡Alubia! ¿Pa qué?

CEL. Lo ignoro. Alguna combi de las suyas.

PON. ¡Qué tío!

CEL. A mí me impone, te lo confieso; me impone. Me mira y sudo asfalto.

PON. ¿De manera que aquel Celestino que yo dejé pa ir a reponerme a la Navata?...

CEL. Subió al cielo.

PON. ¿De modo que, decididamente no te atreves a venir hoy con nosotros a la Cuesta de las Perdices?

CEL. Ya te lo he dicho. Si por mí fuera... pero si mi suegro lo huele...

PON. ¡Ay, tu suegro! Vamos, yo no quisiera más que estar en tu pellejo veinticuatro horas pa que vieras achantarse a ese bolcheviqui. ¡A mí tu suegro, cacahuets de Nueva Yor!

CEL. Es que ..

PON. (Gritando.) Vamos, ponte la pañosa, saca dos estampas de Quevedo, endereza la espalda y vámonos pa casa de Camorra, y allí... y allí... (Bajando la voz.) Oye; ¿me dijiste que tu suegro no estaba en casa, verdad?

CEL. No; no está. Ha ido a un mitin.

PON. (Volviendo a gritar,) Y allí, tararí pa alante, a solazarse el cuerpecito serrano. ¡Andando!

CEL. Que no; que tú no conoces a mi suegro.

PON. Ya te he dicho que a mí tu papá político, altramuces salaos.

(Campanilla.)

CEL. (Aterrado.) ¡Calla!

PON. ¿Qué?

(Voces confusas dentro.)

CEL. ¡Mi suegro!

PON. ¡El miserere de Eslava!

(Entra LAVIÑA. Parece otro: la barba cuidada, la raya en medio, cuello postizo, chaquet mezclilla y sus buenas botas de tafilete. Muerde un puro, que parece un cañón de sitio.)

EUST. Buenos días.

CEL. } PON. } Muy buenos.

EUST. ¿Qué haces, hijo mío? (Le besa en la frente.)

CEL. Nada, padre. Aquí, con este amigo de la infancia: Ponciano Menéndez.

PON. Para servirle.

EUST. (Dandole la mano.) Muy señor mío... Me congratula la amistad que le une a usted con mi adorado Celes, porque eso habla muy alto de la moralidad de usted y de sus buenas costumbres. Celestino no puede haber hecho migas jamás con un dilapidoso, juerguista o meramente liviano.

PON. Yo agradezco sus lisonjeras frases y el *conceptuo* que de mí ha formado usté *incontinenti*, y por no ser molesto o gravoso, me retiro.

EUST. ¿Cómo qué? Antes tomará usté una copita de Beneditino.

PON. No se moleste usté. Me haría daño. Además, son las diez y media y a las once estoy citado con mi señora para oir misa en San Andrés de los Flamencos.

EUST. ¡Ole! Eso me gusta. Pero no osta para que deje la copita. Celes.

CEL. Padre.

EUST. Beneditino. (*Celestino va al aparador, saca una botella y la pone en la mesa.*) ¿De modo que amigo de la infancia de este currusquito de pan?

PON. Sí, señor; de la infancia.

EUST. Qué bueno es, ¿verdad?

PON. Las mantecadas a su lao, son ladrillos.

EUST. (*Sirve en las copas.*) Yo le quiero, no como a un hijo, ¡como a seis! Pero, eso sí; si yo me hubiera encontrao en vez de este ángel uno de esos perdidos, que los hay, que trasnochan, que tienen barraganas y que le sacuden el felpudo a la parienta... ¡mi padre! (*Da un terrible puñetazo en la mesa y ruge. A Ponciano le tiembla la copa entre los dedos, y Celestino se inmuta.*) ¡No quiero pensarlo! (*Gritando.*) ¡No quiero pensarlo!

PON. (*Tartamudeando.*) Pero, por la Viri... por la Viri... por la Virgen Santísima... deseche usté esa hipó... esa hipó... esa hipótesis.

EUST. Tiene usté razón. ¡Huid ya, fantasmas vanos! (*Se pasa la mano por la frente.*)

PON. (*Levantándose.*) Yo, con su venia, me au...

EUST. ¿Cómo meau?

PON. Que me ausento.

EUST. Otra copita, hombre. (*Le sirve otra vez.*)

PON. No, no...

EUST. (*Con voz de trueno.*) ¿Cómo que no?

PON. (*Sentándose aterrado.*) Bien, bien. (¡Caray!) Como usté guste.

EUST. Y tú, Celes, ¿no bebes?

CEL. Yo, no; ya sabe usté que por mí el alcohol para los infiernillos.

EUST. No tiene una maca. Mi hija encontró el Aladino de sus ensueños. (*Bebe.*) Es muy bueno.

PON. (*Bebe.*) Buenísimo.

EUST. (*Por el licor.*) ¿Eh? ¿Qué tal los reverendos?

PON. Una gloria.

EUST. Como que este es el licor de la vida, hombre. Yo tomo una copita siempre que me levanto...

PON. Pa despabilarse.

EUST. No, señor; siempre que me levanto y cojo la botella.

PON. Que será a menudo.

EUST. Se menudea, sí, señor. (*Volviéndose a Celes y enfadándose.*) Pero, ¡Celes! ¿Qué haces, que no sacas un cigarro a este amigo? ¡Vamos, hom-

bre! ¡Parece mentira! (Celestino, atorullado, toma una caja de cigarros que hay sobre el aparador y la coloca en la mesa.)

PON. ¡Deje, señor Laviña! ¡No le regañe usté al chico por eso!

EUST. (Dándole un cigarro y guardándose otro.) Si es que me choca que se le haya escapao este detalle; porque él, en tocante a urbanidad, lo coge Calleja y lo publica.

PON. Bueno; yo, con su permiso... (Se levanta tímidamente.) Señor Laviña... me ausento.

EUST. Es usté muy dueño.

PON. (Dándole la mano.) Ponciano Menéndez, correor de alhajas, Cervantes, tres, tiene usté un piso donde hay otro corredor.

EUST. Tantismas. Y aquí tiene usté un amigo más. Celes, acompáñale.

CEL. Vamos.

(Mutis Ponciano y Celestino. Ponciano se va haciendo reverencias.)

EUST. (Bebiendo en la botella.) Bueno, este socio debe ser un punto; pero lo he tachao. No vuelve ni en broma. Es el tercero que espanto A mí, no. Los puntos pa la ortografía.

(Salen CHARITO y el NIÑO por la izquierda; en seguida CELESTINO, por el foro. El niño lleva una banda de seda blanca.)

CHAR. ¡Ea! Ya estamos listos. Andando. Pero, ¿y Celestino? (Sale Celestino.) Tú, Celestino, di a la Luz que te dé el flexible.

EUST. Pero ¿qué es esto? ¿Dónde va el encanto de mis canas? (Por el niño.)

CHAR. Ya se lo dije a usté, padre. Que hoy es el reparto de premios en el colegio y la primera comunión.

EUST. (Al niño.) ¿Y qué? ¿Te ha tocao algún premio?

NIÑO Sí, señor; me ha tocao un libro de Religión y Moral, me ha tocao un bastón en Lógica y Etica, y en homenaje a mi virtú, pues me ha tocao esta banda.

EUST. ¿Algún puzpurri?

NIÑO ¡Ande, abuelo! ¡No sea usté anecdótico!

EUST. ¿Y qué? ¿Váis los dos con el chico?

CHAR. (Enfureciéndose.) Pues natural. ¿Cómo no iba a ir su padre a un acto tan solemne? ¡Estaría bueno! ¡También tié usté unas preguntas pa el Ripalda!

(Celestino la mira como para comérsela.)

EUST. Bueno, mujer, que la cosa no es pa una guerra europea.

CHAR. (A Celestino.) ¿Y tú qué haces ahí, so pasmao? ¿Pero no pides el flexible?

CEL. (Tragando saliva.) Está en el perchero.

CHAR. Pues, arza. Niño, un beso al abuelo.

NIÑO Adiós, abuelito. (Besa a Laviña.)

EUST. Adiós, fenómeno. Oye, y después del reparto no se os ocurra llevar al niño a Rosales

CHAR. ¿Por qué?

EUST. No le vayan a pedir la «Fantasía morisca».

CHAR. Descuide usté. (Mutis.)

EUST. ¡Adiós, papá! (Mutis.)

EUST. Adiós (Mutis Celestino, Charito y el Niño. Al quedarse solo Laviña, dice lo que sigue, mientras revuelve en el aparador y va sacando lo que se indica y poniéndolo sobre la mesa.) Bueno: va mi querido yerno como pa que le pidan el «Gitanillo». La verdad es que he venido a estropearle el pasodoble y a suprimir la solfa que le arreaba a esta pobre chica, que por cierto ha cambiao el carácter y se ha crecido de un modo que Goliat a su lao, es una seta. (Saca una botella.) ¡Pa que se fíe uno de las víctimas del sexo débil! (Saca un botecito) ¿Esto qué es? ¡Ah! (Lee.) Sí: «Fuá gras» ¡Qué bien lo pronuncio. Es Fuá gras. Fuá (Abre el bote) ¡Caray! ¡Ni partículas! De modo que fué Fuá. (Tira el bote.) Salchichón (Saca un platito.) Mortadela. (Saca otro platito.) Lengua. (Saca otro.) La verdad es que este Celestino tié más perros que un trineo ruso. Llaman. ¿Eh? ¿Quién será? No, pues lo que es este *gaudeamus* no me lo quita a mí ni la bula de Meco. (Se sienta y se pone a comer y beber.)

(Entra BRAULIA, fatigadísima y sobresaltada.)

BRAU. Hola, señor Laviña.

EUST. Demoncho, señá Braulia

BRAU. Con su permiso. (Se deja caer en una silla, junto a la mesa.)

EUST. Caramba, señá Braulia, viene usté con dos metros de lengua fuera.

BRAU. Toda la que tengo.

EUST. (Ofreciéndola uno de los platos.) ¿Quiere usté un trocito más?

BRAU. No bromee usté, señor Laviña, que está usté a dos dedos de la muerte.

EUST. (Atragantándose.) ¡Caray!

BRAU He visto salir a Celestino, su señora y el vástago, y he subido las escaleras que ni un ascensor. Tenemos que hablar secretamente ¿Está la muchacha?

EUST. En el cocineo.

BRAU. Pues mándela usté a un recao, lo más lejos posible. (Llama.) ¡Chica!

EUST. Me está usted metiendo el corazón en un dije.

LUZ (Entrando) ¿Llamaban ustedes?

EUST. Sí; oye: trae del despachito papel y un sobre...

LUZ Va en seguida. (Mutis)

EUST. Pero, ¿diga usté, señá Braulia, tan grave es la cosa?

BRAU. ¿Que si es grave? ¡Más que Maura!

EUST. Me tiene usté con una impaciencia de heredero.

BRAU. Gracias a que yo encuentro solución a todo.

EUST. ¡Ah! luego tiene una solución...

BRAU. ¡Calle!

(Entra LUZ con lo pedido.)

LUZ Aquí tiene.

(Laviña saca un lápiz y escribe rápidamente.)

BRAU. Caray! ¡Escribe usté que ni en película!

EUST. (Cerrado el sobre.) Bueno: toma un duro. (Saca un duro y se lo da a Luz. Mira el reloj de su bolsillo.) Creo que a las once y media sale un tren para Santander.

BRAU. ¡Hombre, señor Laviña! ¿La va usted a mandar al Sardinero?

EUST. No tanto. Tomas un tercera para Torrelodones, te apeas, le das esta carta al jefe de estación, que es amigo mío, te aguardas al tren de las once y retornas.

LUZ Sí, señor. (Toma la carta.)

EUST. Pues ya estás arreando.

LUZ Hasta la vuelta. (Mutis).

BRAU. Buen viaje.

EUST. Reviente uste, señá Braulia, que estoy calenturiento. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

BRAU. (Sirviéndose de beber.) Lo que usté no pué figurarse. Una hecatombe.

EUST. ¿A mí una hecatombe?

BRAU. Sí, señor: a usté. Usté sabe que esta chica, la Charito, tiene en Huelva dos tíos, hermanos de su madre...

EUST. ¿Y qué?

BRAU. Pues que cuando usté engañó a su madre...

EUST. ¿Yo a mi madre?

BRAU. El otro usté a la madre de Charito...

EUST. ¡Ah!

BRAU. Estos tíos juraron sobre el fruto recién nacido vengar a su hermana y lavar su honra con la sangre del autor de la gracia, en cuanto que le encontrasen o pareciese.

EUST. ¡Ay! ¿Y qué?

BRAU. Que Celestino, que sin duda lo sabía, ha escrito a los de Huelva, diciéndoles: «Ha parecido el padre de Rosario y lo tengo en casa.»

EUST. ¡Maldita sea su sangre, ladrón! ¡¡Permita el Altísimo que se le coagule! ¿Y qué le han contestado? ¿Que vienen por mí?

BRAU. Lo ignoro. El caso es que llegaron anoche en el exprés.

EUST. ¡Mi santa madre!

BRAU. Y dé usté gracias a Dios que estando yo en la portería con la señá Justa, entran dos tíos con dos estacas que yo creí al pronto que eran del arbolao, y le preguntan a la portera: «¿Vive aquí don Celestino Larrea y familia?» Y me adelanto yo y digo: ¿Son ustedes parientes de la Charo? Porque me lo calé «Sí, señora—me dice el más delgao —tíos carnales.» Y voy yo y los saco a la calle, los hago entrar en el café de Caracas, los convido a tres bolas y les meto la siguiente: ¿Ustedes no se han enterao de la desgracia del señor Laviña? «Pues la desgracia del señor Laviña es enorme, espantosa, vamos como pa tener piedad de la persona más baja y miserable de este mundo.» ¡Pobre señor Laviña!... Se afectan, me miran; yo dejo correr dos lágrimas...

EUST. ¡Señá Braulia, no detalle y tenga la bondad de decirme *ipso facto*, la desgracia que me ha colgao, que me chamusco de impaciencia!

BRAU. Pues les he dicho que le ha dao a usté un paralís y una y media plegia al cerebro de resultas de la bebida, que s'ha quedao usté idiota, sordo mudo y convulsivo...

EUST. ¡Arrea!

BRAU. Y que meterse con usté resulta tan inútil, como meterse con la Trasatlántica.

EUST. ¿Y se han ido a Huelva?

BRAU. No, señor. Ahora están en la esquina de esta calle...

EUST. ¡Señá Braulia!

BRAU. Que han dicho lo de Santo Tomás: ver y creer, y que están esperando a que yo les haga así con el pañuelo, que es la señal de que s'ha quedao usté solo.

EUST. *¡Requiescat!* ¿Para qué me quieren coger solo esos asesinos?

BRAU. Porque ellos temen que Rosario, como después de tó usté es su padre, no les deje ni verle, temerosa de que con paralís y tó se lo carguen a usté.

EUST. Pero eso del paralís...

BRAU. Eso lo tengo yo solucionao. (Saca una pequeña campanilla atada a una cuerda.) Esta campanilla se la cuelga usté al cuello, se sienta usté en ese sillón y de cómo se haga usté el idiota depende su existencia, porque digo yo que no querrá usté descubrir que no es el padre de Charito.

EUST. No, señora; a no ser que me hagan ministro de abastecimientos.

BRAU. Pues hala: al sillón, que la cosa urge. (Laviña se cuelga la campanilla y se sienta en el sillón de la derecha.) A ver, póngame usté unas cuantas caras pa elegir (Laviña pone un gesto de tonto.) Más idiota... más... mucho más idiota.

EUST. Fíjese usté que yo no he ido al Conservatorio.

BRAU. Eso es verdad; pero digo que ponga usté la mirada vaga.

EUST. ¿Así?

BRAU. Más vaga.. mucho más vaga... como si la tuviera usté empleada en el Ayuntamiento. ¡Eso es! Y de vez en cuando toca usté la campanilla. ¡Ah! Y el temblor nervioso, por Dios, un temblor muy grande...

EUST. De eso no tenga usté cuidao, que voy a temblar de veras.

BRAU. Prevenido, que voy a hacer la señal. (Se va al balcón y agita el pañuelo.) ¡Ya me han visto! ¡Mi madre! ¡Cómo corren! ¡Ya están en el portal! (Se separa del balcón. Laviña tiembla.) No tiemble usté todavía, hombre.

EUST. No; si esto es sin querer.

BRAU. Pues parece usté un terremoto. ¡Qué barba-

ridad! Me río yo de la Martinica. (Llaman fuerte.) ¡Ya están ahí. (Sale a abrir.)

EUST. ¡Qué brutos! ¡Han subido más pronto que las subsistencias! ¡Dios mío! ¡Que sean enclenques!..

BRAU. (Entrando.) Por aquí. Aquí está el pobrecito...

(Laviña se hace el idiota, emitiendo un sonido inarticulado, bailando las manos, etc. Entran RAFAEL y CURRITO con sendas garrotas. Son dos andaluces calmosos y siniestros. Avanzan y se quedan contemplando a Laviña.)

RAF. ¿Y es éste er seductó?

BRAU. Este.

CUR. (Con rabia contenida, voz sorda y sin moverse.) ¡Hay justicia divina!

RAF. (Idem.) ¡Miserable!

BRAU. (Al quite.) ¡Desgraciao! Que dice el médico que todo su cuerpo es un puro dolor. (Suspirando.) ¡Ay, Virgen Santa! ¡Qué castigo tiene esta vida!

CUR. ¿Y de cuando está así este sirvergüenza?

BRAU. Desde hace quince días y ahora lleva dos que menos mal; pero ha pasao trece que los gritos que daba se oían en el Pardo. Desde antiyer se queja menos, pero está más idiota. Se conoce que el paralís le ha dao ahora en los sesos.

RAF. ¿Conque en los sesos? Pues mire usté, señora, hace un cuarto de siglo que vengo yo soñando con darle a este ladrón con esta estaca donde ahora le ha dao el paralís. Se me ha anticipao y lo siento.

CUR. ¡Sí que es lástima! A mí se me había ocurrido jacerle una cosa, que si se la jacen a los mártires der cristianismo, se desmaya er César. (A Laviña se le agudiza el temblor.)

EUST. (¡Qué se le habría ocurrido a este caníbal!)

BRAU. ¡Caramba! Ya les he dicho a ustedes que con todo lo que ha sufrido este hombre estos días bien ha pagao.

RAF. Hábrá pagao; pero pa mí que le queda un pico y se le va a jincá en el hipocondrio.

EUST. (¡Yo estoy sudando estaño!)

BRAU. Vaya por Dios, ¿no quieren ustedes tomar alguna copita de algo? (Yo los ablando.)

CUR. ¿Tiene usté aguardiente del fuerte?

BRAU. Me parece que sí, señor. Voy a la cocina que

ese lo tienen siempre en la despensa. Con permiso de ustedes. (Mutis.)

CUR. Es usté muy dueña.

(Apenas desaparece Braulia, Currito se pone a buscar precipitadamente en sus bolsillos.)

RAF. Aprovecha, Currito. Echale los polvos en esa copa que debe ser de arguna de sus medisinas y que er Señó lo recoja en su santo seno.

CUR. (A Laviña.) Vas a morí como un perro rabioso. (Sigue buscando.) ¡Charrán!

RAF. Pero, ¿dónde tiés los porvos?

CUR. (Sacando un papel.) ¡Aquí!

(Laviña suena la campanilla estrepitosamente.)

CUR. (Asustado se guarda el papel.) ¡Mi mare!

RAF. ¿Qué ha sido?

CUR. ¡Que han llamao!

RAF. Calla; si es er paralítico que tié una sonaja.

CUR. ¡Ladrón! ¡Qué susto m'ha dao! (Saca el papel.)

RAF. ¡Anda que güerve la vieja!

(Currito echa los polvos en el vaso.)

CUR. ¡Andando! ¡Ya se lo darán! (A Laviña.) ¡To llega en este mundo!

(Entra BRAULIA con una botella.)

BRAU. Aquí tienen ustedes. (Los sirve en las copas.)

RAF. No sabe usté lo que le agradecemos este remojo. (Beben.)

EUST. (Hace gestos a Braulia indicándole el vaso de los polvos.) ¡Aaaaá! ¡Aaaaá!

BRAU. (Pobrecillo. Con el susto se le ha secao la boca y me pide agua.) (A Laviña gritándole y moviendo mucho los labios como se hace con los que no oyen.) Voy, voy. Me pide agua el pobre.

(Le echa agua en el vaso.)

RAF. Ahora la diña, Currito.

BRAU. (Le pone el vaso en los labios.) ¡Hala! ¡Hala! ¡A beber!

EUST. (Rechazándolo.) ¡Aaaaá! ¡Aaaaá!

BRAU. ¿Qué? ¡Ah! ¿Que quiere usté cogerlo? Pero si no puede usté con una pluma. Beba, beba

EUST. ¡Aaaaá! ¡Aaaaá!

BRAU Bueno: tome, tome. (Le da el vaso. Laviña, fingiendo que se lo lleva a la boca, tiembla la mano de manera que tira todo el líquido en el suelo.)

EUST. ¡Aaaaá! ¡Aaaaá!

BRAU. ¡Lo ve usté! (Le quita el vaso.)

CUR. ¡¡Mardita sea!!

RAF. ¿Hay más porvo, Currito?

CUR. Qué porvo quiés que haya con lo que ha regao este tío.

BRAU. En fin: ¿qué piensan ustedes hacer?

RAF. Lo que usté ha dicho. Por er pronto, dejarlo, porque matá a este hombre e jacerle un obsequio; de manera que lo primero que hay que jacé, e curarle; ahora mesmito nos vamos a consultá con una eminencia en paralisis, y si tiene cura, que se confiese, porque en cuanto que sane, lo hasemo carne líquida. Andando, Currito.

CUR. Andando, Rafaé.

BRAU. Entonces, ¿volverán ustedes?

RAF. Naturá, señora, naturá. De aquí a luego. (Mutis Rafael y Currito.)

BRAU. Vayan ustedes con Dios. (Mutis.)

EUST. (Levantándose del sillón Da un bufido de desahogo.) Coloco yo en este sillón a don Ruí Díaz de Vivar, vulgo el Cid Campeador, y si al levantarse no da un suspiro huracanao, hago que le den la laureada. Bueno: estos de Huelva huelven, pero a mí no me cura ni don Ramón y Cajal. Eso es antidiluviano. (Se bambolea de miedo.) ¡Mi madre! ¡Qué mareo! (Vuelve BRAULIA.)

BRAU. Señor Eustaquio, ¿quiere usté que vaya por azahar?

EUST. (Bamboleándose hacia adelante.) El azahar para las recién casadas; a mí que me pongan una inyección de cacodilato, que se me cimbrea la columna vertebral. Yo estoy malísimo

BRAU. (Cogiéndole.) ¡Señor Eustaquio!

EUST. Yo creí que era un hombre.

BRAU. ¿Pues qué es usté?

EUST. La estatua oscilante del comendador. Ya lo está usted viendo.

BREU. Pero, hombre, que no se diga que el Ogro de las Ventas tiene pánico.

EUST. Sí, señora; yo se lo pido a usté por Dios, que no se diga. Tengo el corazón que es una Singer. (Llaman. Tirándose al sillón.) ¡Los de Huelva! ¡Los de Huelva!

BRAU. (Saliendo.) No es posible. (Volviendo rápidamente y hablando bajo.) Es Celestino. (Laviña da un bufido de satisfacción.) Yo me voy a la portería ¡al atisbo! Y reanímese, que no llegará la sangre al Manzanares. (Mutis.)

EUST. Vaya usté con Dios, comadre tutelar. (Entra CELESTINO con un aire contristadísimo y una cara de perro desesperado que da lástima.) (¡El culpable! ¡Qué rico! ¡Valiente hipócrita!... Bueno: yo lo mato!)

CEL. Padre: ¡yo no puedo más!

EUST. ¿Qué dices?

CEL. Que to tié su límite. Que yo quiero a su hija como Leandro a Hero, pero a su hija se le ha adulterao el carácter de un modo desde que usté ha aparecido, que no se la pué aguantar. ¡Ea! ¡No se la pué aguantar!... ¡O cambia Rosario o yo me voy a Rosario!...

EUST. ¡Cuidao que es mi hija!

CEL. ¡O yo me voy a Rosario de Santa Fe, República Argentina, donde tengo parientes, y no se me vuelve a ver el pelo!

EUST. ¿Qué dice, miserable? ¿Tú irte? ¿Tú abandonar a mi hija? ¡Mi hija de mi alma! ¡Mi hija de mi corazón!... (Llaman. Tirándose en el sillón y haciéndose el convulso.) ¡Aaaaá! ¡Aaaaá! (¡Los de Huelva! ¡Los de Huelva)

CEL. (Asustado.) ¡Padre!...

EUST. ¡Aaaaá!

CEL. ¡Caray! ¡El amor filial le ha enloquecido ¡Padre!
(Llamán.)

EUST. ¡Aaaaá!

CEL. Voy a abrir (Mutis.)

EUST. ¡Aaaaá!

CEL (Volviendo con unos papeles que tira sobre la mesa.) ¡Nos ha fastidiao!

EUST. ¿Quién era?

CEL. Un hombre a traer esta entrega de «Cobardía y deshonor.»

EUST. ¡Maldita sea su vida! ¿Le has pagao?

CEL. Ha dicho que volverá luego por la entrega o por los dos reales. Usté dirá qué le doy.

EUST. Si vuelve pronto la entrega, porque lo mato. Reanuda y dime qué es lo que te ha pasao con mi hija.

CEL. Pues na: que llegamos al Colegio, entramos en el Paraninfo, principia el acto, y yo, que estaba ya nervioso, voy y bostezo, y salta Charito y me grita: «Oye, pa abrir la boca te vas frente al escaparate de Lhardy.» Los circundantes sueltan la carcajada, yo me aglomero y le meto a uno de los regocijan-

tes una patá que lo mando al artesonao; grita el tío, acuden los padres, llaman a dos hermanos y me echan al arroyo por primo.

EUST. ¿Cómo por primo?

CEL. Por primo, porque yo a la que he debido de atizar es a Charo, que me ha puesto en ridi.

EUST. (Fingiendo que se indigna cada vez más.) ¿Qué dices, miserable?... ¿Tú a Charito?... (Le coge de la solapa.) ¿Tú tocar a mi hija?...

CEL ¡Padre!

EUST. ¡Celestino! ¡Eres el canalla más grande del zepelín terráqueo! (Le zarandea.)

CEL ¡Padre, por Dios!

EUST. ¡Eres un monstruo de maldad! ¡Tú lo que andas es buscando un pretexto para abandonar a mi hija, pero por algo estoy yo aquí!

CEL Pero, padre...

EUST. ¡Calla! (Exaltándose y amenazándole con gestos y ademanes feroces.) ¡Calla y vete de mi vista! ¡Huye! ¡Huye, que me ciego! ¡¡Que me ciego!! ¡¡Granuja!! ¡¡¡Aaagg!!! (Avanza hacia Celestino, acorralándole contra la puerta de la derecha. Celestino la abre rápidamente, entra y cierra.)

CEL. ¡Padre (Mutis.)

EUST. Bueno: lo mato sin tocarlo. Ojo por ojo, susto por susto. Pa que me mandes asesinos, so gallina. (Llaman.) ¡Los de Huelva! ¡Y este se ha encerrao! ¡Y no tengo quien abra!... ¿Qué hago yo? Miraré por el ventanillo y si son los de Huelva, como no traigan mandamiento judicial, pernoctan en el tramo. (Mutis.)

(Celestino abre, asoma curiosamente la cabeza y en seguida la retira y cierra de nuevo. Entra LAVIÑA y tras él don RAMÓN.)

EUST. Por aquí. Tenga la bondad, caballero.

RAM. Con su permiso. (Se le cae el sombrero, que trae en la mano. Laviña se lo recoge con rapidez.) ¡Ah! Un millón de gracias.

EUST. (Pasando una silla por encima de la mesa y ofreciéndosela a don Ramón.) Tome usted asiento.

RAM. ¡Caramba! ¡Qué ágil y qué fuerte está usted, a pesar de su edad! ¿Hace usted acaso gimnasia sueca?

EUST. No, señor; que cuando tenía veinte años repartía la *Correspondencia* por la mañana y por la tarde vareaba alfombras.

RAM. ¡Ah, ya!

EUST. ¿Quién será este mochuelo?

RAM. Pues envidio su estado de salud y paso a presentarme a usted. (Le entrega una tarjeta)

EUST. (Leyendo) «Ramón Novales, Doctor en Medicina, calle de la Farmacia, 5.» Muy señor mío. Pues usted dirá en qué puedo...

RAM. Pues vengo por cuenta de los señores Pantoja, a ver un paralítico que hay en esta casa, y que creo que es el padre del señor Larrea.

EUST. ¡Mi padre!

RAM ¡Ah! ¿Es su padre? ¿Usted es el señor Larrea?

EUST. No, señor, no; yo soy... yo soy... (¡Caray! ¿Cómo le digo yo ahora que soy el paralítico? Yo soy un amigo del.. del...

RAM. ¿Del paciente?

EUST. Del impaciente, porque el pobre está desesperadísimo.

RAM. Claro. ¿Y dónde está? ¿Dónde está?

EUST. Pues... está... está en el Limbo completamente, señor doctor. ¡Es una pena! ¡Una pena!

RAM. Bueno; pero ¿puede vérsele? (Impaciente.)

EUST. ¿Al inmóvil, verdad?... Pues... (¿De dónde saco yo ahora un imposibilitao?...) Le diré a usté, señor Novales... Da la casualidad que el pobre hombre, como lleva tres meses hecho una farola, pues se aburría de un modo que, a su lado, las ostras resultan libertinas, y yo, que soy un amigo suyo de la niñez, le regalé un cochecito ortopédico, que empuja un mozo de la estación de las Delicias, y todos los días se lo lleva por ahí para que se oree.

RAM. ¡Caramba! ¡Qué contratiempo! ¿Y tardará mucho?

EUST. (Saca el reloj.) Son las doce y cinco, pues yo calculo que volverá a eso de la una de la noche.

RAM. ¡A la una de la noche! ¡Qué atrocidad! ¡Tener un paralítico a esas horas por la calle! ¡No me parece muy terapéutico!

EUST. Tiene usté razón; pero es gusto del infeliz.

RAM. Pues se está matando. ¿Y por dónde cree usted que se encontrará a estas horas, porque yo tengo abajo mi coche; podría ir a donde se halle y reconocerlo.

EUST. Pero, ¿cómo lo va usté a reconocer si no lo ha visto nunca?

RAM. Reconocerlo medicalmente.

EUST. ¡Ah, ya! Pues, a estas horas... a estas horas debe estar ya por la Ciudad Lineal.

RAM. ¡Por la Ciudad Lineal!

EUST. ¡Sí, señor! Entre Canillejas y Canillas. Como lleva tanto tiempo enfermo, tira a Canillas, que hay pinos.

RAM. Bien, bien (Se levanta.) ¿Y dice usted que va en un cochecito?

EUST. De mano, sí, señor.

RAM. Y la bestia, digo, el mozo que lo empuja, ¿tiene usted la bondad de decirme sus señas?

EUST. Argumosa, 7.

RAM. Digo las personales.

EUST. ¡Ah, sí! Buen mozo.

RAM. ¿Y qué más?

EUST. Y honradísimo; no se le despintará a usté.

RAM. Perfectamente. Pues, con su permiso... ¿Entre Canillejas y Canillas? (Medio mutis.)

EUST. Sí, señor.

RAM. Tantas gracias. (Le da la mano.) En Farmacia, cinco, y en el Hospital General, Sala de amputaciones, para servirle.

EUST. ¡No lo quiera Dios! (Mutis los dos.)

(Celestino asoma la cabeza, y al volver Laviña se esconde de nuevo.)

EUST. (Volviendo.) ¡A mí galenos! La señá Braulia tendrá ocurrencias ingeniosas, pero yo me sonrío del manco de Lepanto. El capotazo que le acabo de dar a este doctor no lo mejora *Pepe Hillo*. (Llaman.) ¡Caray! ¿Por qué habré mandado yo a la chica a Torrelodones? ¡A la mirilla, Eustaquio! (Mutis. Asoma Celestino y repite el juego de antes.)

(Entran CHARITO, CELESTINÍN y LAVIÑA.)

CHAR. (Hecha un basilisco.) ¡Anda, hijo, anda! ¡Que más valiera que te hubiese cogido un carro antes de nacer y ser hijo de quien eres! ¡Maldita sea! (Tira el mantón de crespón en una silla. Celestinín, leyendo en un libro muy historiado, hace mutis sin dejar de comerse el texto con los ojos.)

EUST. Pero, ¿qué te pasa?

CHAR. ¡Señor Eustaquio!... (Laviña la hace señas de que está Celestino.) Padre mío: ese hombre, a quien yo doy el dulce nombre de esposo, es un sinvergüenza, y tiés que tomar una determinación con él o no es usté mi padre.

EUST. Ya lo sé, digo, se tomarán cuantas determi-

naciones sean necesarias El, de «moto propia», ya me ha relatado lo del Paraninfo, que es para... para...

CHAR. ¿Para qué, padre?

EUST. Paraninfo, y no te quiero contar; ahí le tienes, en el cuarto ropero, hecho un pingo. porque ha tenido que encerrarse temiendo mi justa cólera.

CHAR. Lo del Paraninfo del colegio es una gota de agua el día del Diluvio, comparao con lo de la cartita pa mis tíos.

EUST. ¡Ah, tú sabes ya, hija mía!...

CHAR. Sí, padre mío, sí; me lo acaba de contar tó la señá Braulia, que es nuestra Providencia. Las escenas aquí desarrolladas, el peligro en que ese miserable ha puesto su vida de usté pa dejarme sin amparo... pero déjemelo usté a mí, ese golfo es cosa de una servidora; parece que yo no tengo agallas, ¿verdad? Bueno, pues, ese golfo pasa a la Geografía. ¡Por éstas!

EUST. ¡Bravo, hija mía! ¡Cómo se ve que llevas mi sangre! ¡Brrr! (Ruge hacia el cuarto donde está encerrado Celestino.)

CHAR. (Al oído de Laviña.) Y yo le voy a salvar a usté de mis tíos, ¡pobrecillos! ¡Que Dios les pague lo que querían a mi madre!

EUST. (Al oído de Charito.) ¿Cómo? ¿Cómo me vas a salvar de esos dos caimanes, y perdona que sean tus tíos, pero son dos caimanes con guayabera?

CHAR. Haciendo lo que se le ha ocurrido a la señá Braulia.

EUST. ¡Rebote! Esa mujer es Torres Quevedo con pelerina.

CHAR. Vale mucho. Ella me ha puesto al corriente de tó... ella me ha aleccionado, ella ha aleccionado al niño, ella le salva a usté, ella... (Llaman.) ¡Ella!

EUST. (Escamado.) ¿Ella?

CHAR. Ella, sí, ella. (Mutis.)

EUST De aquí salimos para la Bastilla, como dicen en el Vizconde de Brachelone.

(Entran CHARITO y BRAULIA.)

BRAU. ¿Qué tal, señor Laviña? ¿Cómo va ese pánico?

EUST. Póngame usté aquí un oído y escuche.

BRAU. A ver. ¡Qué barbaridad! Parece que hay den-

tro un piquete que va a la parada: ¡plan plan, cataplán! ¡Plan, plan! ..

EUST. Bueno, no redoble y diga qué novedades hay.

BRAU. Pues ná, que me he cansao de estar al atisbo en el chiribitil de la portera y subo pa decirles a ustedes que me parece a mí que esos tíos... tuyos (A Charito.) se han vuelto a Huelva.

EUST. Ja, ja, ja; no me haga usté de reir, que tengo el labio con un tafetán. ¡A Huelva!... ¿Sabe usté quién ha venido de parte suya?

BRAU. } CHAR. } ¿Quién?

EUST. Un médico, especialista en paralisis.

BRAU. ¿Un médico?

CHAR. ¿Y para qué le envían a usté un médico?

EUST. Para enterarse si estoy paralisio, y de no estar paralisiao, para lisiarme.

CHAR. ¡Qué barbaridad!

EUST. Ahora, que yo tengo una pupila que paga como si estuviese en el Ritz, y le he dao un regate al Hipócrates, que cuando tengamos ganas de reir nos vamos a tronchar el talle.

BRAU. Explique usté.

EUST. No, señá Braulia; ahora es usté la que me tié que explicar la solución que se le ha ocurrido o a mí me da un colapso, porque esos hombres están al caer.

BRAU. Pues he pensao... (Llaman.) ¡Ellos!

CHAR. ¡Mis tíos!

EUST. ¡Los de Huelva! (Confusión.)

BRAU. ¡Serenidad! ¡Calma!... Tú, Charito, a tu papel. Usté, (A Laviña.) a su cuarto hasta que le avise... Y el niño, el niño .. ¿Dónde está el niño?

CHAR. (Llamando.) ¡Celestinito! ¡Celestinín!

CELEST. (Que sale leyendo.) ¿Qué quiere usté, madre? (No deja de leer.)

CHAR. Ven aquí, hijo; deja el premio. (Se lo quita.)

BRAU. ¿Te acuerdas de lo que te he dicho antes?

CELEST. Me lo sé todo, sí, señora. (Llaman más fuerte.)

EUST. ¡Los de Huelva! ¡Los de Huelva! (Mutis por la derecha.)

BRAU. ¡Andar! ¡Andar! (Sale a abrir.)

CHAR. (Sentándose junto a la mesa, sacando un pañuelo y colocando a su lado a Celestinín.) ¡Venga, niño!... (Rompen los dos a llorar estrepitosamente. (¡Ay! ¡Ay!

CELEST. (Berreando.) ¡Maaaá!

BRAU. Pasen ustedes. Aquí está la hija desolada (Enjuga sus lágrimas con el delantal y lanza un hipo entrecortado.)

(Entran CURRITO y RAFAEL, con caras de estupefacción creciente.)

CHAR. ¡Ay, Virgen del Carmen! ¡Ay, Dios mío de mi alma!

CELEST. ¡Ay, San Juan Nepomuceno!

BRAU. ¡Ay, Santo Cristo de Limpias!

RAF. ¡Rosarillo!

CHAR. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Ay, tíos de mi vida! (Abrazando a Currito.) ¡Tíos de mi alma!

CELEST. ¡Tíos segundos de mi corazón!

RAF. Pero, ¿qué pasa, si se pué sabé?

CHAR. ¡Mi padre!...

CELEST. ¡Mi abuelo!...

BRAU. ¡El señor Eustaquio!... (Les ahoga el llanto.)

RAF. Currito, me parece que la ha diñao el idiota.

CUR. Zería un gorpe.

RAF. ¿Qué le ha ocurrío a ese sinvergüensa?

CHAR. Que hace media hora le entró una fatiga muy grande, puso los ojos en blanco, le llevamos en volandas a la Casa de Socorro y de allí... ha venido... un ordenanza... y nos acaba de decir... ¡¡que ha expirao!!

(Rompe a llorar escandalosamente coreada por Celestinín y Braulia.)

RAF. *¡Requiescat!*

CUR. ¡La ha diñao sin porvos!

CHAR. ¡Ay, padre mío!

CELEST. ¡Ay, mi abuelo!

BRAU. ¡Pobre señor Eustaquio!

RAF. Bueno, hija, bueno. Dió ze le ha llevao, que vaya con Dió. ¡Qué ze le va a jazé! Zalú pa encomendarle ar Zumo que bien lo nezezita.

CUR. Amén Josú.

RAF. ¿A qué hora zale er tren pa Huerva?

CUR. Voy a vé. (Saca una guía y la hojea.)

BRAU. (A Charito.) ¡Está salvao, Charito!

CHAR. ¡Está salvao!

CELEST. (Dando saltos de alegría.) ¡Está salvao! ¡Está salvao!

CHAR. ¡Niño! (Le tapa la boca.)

RAF. ¿Qué dise er chavea?

CHAR. ¡Hijo de mi vida! El dolor le trastorna. Anda, anda a jugar, rico. (Le empuja hacia la

puerta del primer término izquierda y le da un pellizco.) ¡Anda a jugar!

CELEST. ¡Ay! ¡Ay! (Mutis.)

BRAU. ¡Da gritos y tó! ¡Quería tanto a su abuelo!

CUR. Dentro de media hora hay un mixto.

RAF. Pues andando, Currito.

CUR. Andando, Rafaé.

CHAR. ¡Salvado!

BRAU. ¡Salvado!

RAF. Bueno, sobrina, nosotro... (Llaman.)

CHAR. (¡Dios mío!)

BRAU. (¿Quién será?) (Sale a abrir.)

RAF. Nosotro te acompañamo en er sentimiento, pero aunque te acompañamo, nos tenemos que dí...

(Dentro, voces confusas, ruido ..)

COM. (Gritando, dentro.) Dos guardias aquí en la puerta y que no salga nadie.

CHAR.
RAF.
CUR. ¿Eh?

BRAU. ¡La policía!

CHAR.
RAF.
CUR. ¡La policía!

COM. Muy buenas tardes (Aparece en la puerta el COMISARIO, seguido de seis Guardias.) El dueño de esta casa, conocido por el remoquete de «El Ogro de las Ventas», ¿dónde está?

CHAR. (¡Virgen Santa!) (Cae desfallecida en la silla de que se ha levantado.)

BRAU. (¡La catástrofe!)

COM. (Más alto.) ¿Dónde está?

RAF. Está a la diestra der Dió padre.

COM. ¡Se va usted a chuflar de un tío suyo! Soy el Comisario del distrito y a mí no me gasta chirigotas más que *El Mentidero.*

RAF. Señor Comisario: los andaluse no mentimo nunca. Repito que el interfeuto que busca usté ha subío ar sielo en la Casa e Socorro, y aquí, la hija, y aquí la comare...

COM. ¡Aquí no tiene que hablar nadie más que yo! Tengo orden terminante de detener al llamado «Ogro de las Ventas», porque en el mitin de esta mañana ha inducido a los obreros al atentado personal, y traigo un mandamiento del Juez que me autoriza a registrar toda la casa.

BRAU. Registre usté la de Socorro.

CHAR. Eso es.

COM. Esas añagazas son viejas. El llamado «Ogro» ya se valió otra vez de la misma argucia. Estaba oculto en la casa de una tal Socorro Sánchez, presidenta del Sindicato de la Agujá, me dijeron que estaba en la Casa de Socorro y el calamburge me costó una plancha y una cincuenta de vehículo ¡Y a mí, no! Ese «Ogro», está aquí.

RAF. ¡Caray! ¿Será verdad, Currito?

CUR. ¡Vamo a velo! (Empuñan las estacas.)

COM. Guardias: a la pesquisa.

CHAR. (¡Está perdido, seña Braulia!)

BRAU. (¡Perdidísimo!)

COM. Agruparse y mucho ojo a los montantes no tiren objetos. Seguidme. ¡March! (Hacen mutis por la primera puerta de la izquierda, primero el Comisario, luego Currito y Rafael, y detrás los Guardias En el momento en que estos desfilan, sale Laviña de la segunda puerta de la derecha, vestido de guardia con un casco que se le cuela hasta la ternilla de la nariz y un capotón que le llega a los tobillos, y se une al grupo de los Guardias, marchando el último.)

CHAR. ¡Jesús!

BRAU. (¡Está usted perdido!)

EUST. ¡Y tan perdido! ¡Como que no van a encontrarme! (Mutis.)

(Salen los mismos y en el mismo orden por la segunda puerta de la izquierda, y pasan hacia la segunda de la derecha. Al llegar el grupo al centro de la escena, el COMISARIO se detiene de repente y volviéndose aplica el oído hacia la izquierda.)

COM. ¿Eh? ¿Qué ha sonado? (Todos se vuelven como el Comisario, aplicando el oido. Laviña hace igual y como está el último, queda de espaldas a todos con una mano tras el pabellón de un oído.) No es nada. Adelante. (Vuélvense todos y en el mismo orden hacen mutis por la segunda de la derecha En seguida salen por la primera de este lado con CELESTINO, a quien el Comisario trae cogido de un brazo.)

COM. ¿Quién es usted?

CEL. Señor policía, que yo soy un hombre honrado y probo como se lo pruebo.

COM. Sí ¿eh? ¿Por qué se encontraba usted encerrado?

CEL. Ahí tiene usted, por no delinquir; por no escuchar los insultos que me dirigía mi señor

padre político, porque si los oigo, me ciego y le mato.

COM. ¿Y quién es su señor padre político?

CEL. El señor Laviña, el Ogro de las Ventas.

COM. Ja, ja, me hace usted reir. ¿Con que su papá político? Ja, ja.

CEL. Señor Comisario; yo le juro...

COM. No jure usted en falso. En la Jefatura tenemos los antecedentes del llamado Ogro de las Ventas y el Ogro de las Ventas es soltero.

CEL. Lo que no impide que sea el padre de mi esposa aquí presente. ¿No es cierto, Rosario?

CHAR. Sí, señor, sí; el señor Laviña es mi padre; no me reconoció, pero es mi padre.

CEL. Natural.

COM. Nada de natural. Es muy chocante. ¿Dónde vivía su madre de usted?

CHAR. En Jaca, señor Comisario.

COM. ¡Hola! ¿Con que en Jaca? Repito que me hacen ustedes reir. El Ogro de las Ventas no ha estado en Jaca ni el día de San Antón. Según los susodichos antecedentes de la Jefatura, el llamado Ogro de las Ventas no ha salido en su vida de Madrid.

CEL. ¿Eso es verídico?

CHAR. ¿Que el señor Laviña no es mi padre?

COM. ¡Basta de pantomimas! No pretendan ustedes justificar la protección que dispensan al Ogro. Protegido o no, yo sabré encontrar a ese monstruo legendario, así se esconda en el túnel del metro.

RAF. Pues nos va usté a permití que le acompañemo, porque nosotro tenemos que liquidarle... una cuentesita de un médico que asciende a un pico. (Empuñan los garrotes.)

COM. No tengo inconveniente. ¡Guardias! De frente, cabeza, variación pasillo. ¡Ar! (Hacen mutis por el foro, el Comisario, Rafael, Curritc, los Guardias y Laviña en el mismo orden de antes.)

CEL. (Enfureciéndose.) ¿De modo que se me ha hecho víctima de una mojiganga?

CHAR. (Rehuyéndole.) ¡Celestino!...

BRAU. (Interponiéndose.) ¡Señor Celestino!...

CEL. ¿De forma que ese tío sinvergüenza no es tu padre?

CHAR. ¡Celestino, por Dios!...

BRAU. ¡Señor Celestino!

CEL. ¡Miserable! (Trata de pegar a Charito y ella da vueltas a la mesa.)

CHAR. ¡Socorro!

BRAU. ¡Auxilio!

CEL. ¡Te mato!

CHAR. ¡Guardias!

BRAU. ¡Guardias!

(Entra por el foro LAVIÑA y se interpone)

EUST. ¡Alto a la autoridad!

CEL. (Aterrado.) ¡Señor Laviña!

EUST. Señor Larrea: yo no soy, es cierto, el padre de esta paloma inocente, pero como la toque usted al pelo de un ala, le doy una carga que lo disuelvo y un sablazo que lo arruino. (Tira de sable.)

CEL. (Temblando.) Pero señor Laviña... Si yo quiero a Charito con enajenación mental. El hombre es un animal de costumbres y ya me he acostumbrado a tratarla con mimo. Ven aquí, chata. (Abraza a Charito.)

CHAR. ¡Celes!

CEL ¡Reina!

EUST. Ya lo ves, Charo: te ha vuelto a tomar cariño. Y como yo, a pesar de no ser tu padre te idolatro ya como si lo fuese, pues aquí me quedo *per secula seculorum* y me retiro del sindicalismo pa que no me saque de aquí ni la Poli.

BRAU. Es usté más grande que la lista de la lotería.

EUST. (A Braulia.) Soy un filósofo ná más. Y apréndase usté este verso que es mi norma:

La vida es un comedor,
y por comer, un señor,
fuerza es que a todo se ciña
que en este mundo traidor
el que no come la diña.

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE CÓMICO

Obras de Enrique García Alvarez

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edición.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista.)
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (13.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª edic.)
Alta mar (4.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villa-pierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (11 edic.)
El Missisipí (2.ª edición.
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda. (Letra y música.)
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero. (Letra y música.)
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (6.ª edición.)
El perro chico. (4.ª edición.)
La reja de la Dolores. (3.ª edic.)
El iluso Cañizares. (3.ª edición.)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro. (Letra y música)
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (5.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.) (Letra y música.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)

La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda. (2.ª edición.)
El género alegre. (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya. (2.ª edición.)
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán. (Letra y música.)
La catástrofe de Burgos.
Ideal festín. (Música.)
La Corte de Risalia.
El maestro Vals. (Letra y música.)
Los chicos de Lacalle.
El alma de Garibay.
La Venus de piedra. (Letra y música.)
Fúcar XXI. (Letra y música.)
Pastor y Borrego. (2.ª edición.)
La niña de las planchas.
Las vírgenes paganas.
La frescura de Lafuente. (2.ª edición.)
La casa de los crímenes. (2.ª edición.)
La Remolino. (2.ª edición.)
La escala de Milán.
La conferencia de Algeciras
El verdugo de Sevilla. (4.ª edic.)
El último Bravo. (2.ª edición.)
La locura de Madrid.
Los cuatro Robinsones.
El cabo Pinocho. (Letra y música.)
Nieves de la Sierra.
El Rey del Tabaco.
El niño judío. (2.ª edición.)
Las buenas almas.
Juanito y su novia.
Pancho Virondo.
La tragedia de Laviña o el que no come «la diña». (2.ª edic.)

Precio: TRES pesetas